La Ilustración Artística

AÑO IX — BARCELONA 27 DE OCTUBRE DE 1890 — NÚM. 461

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



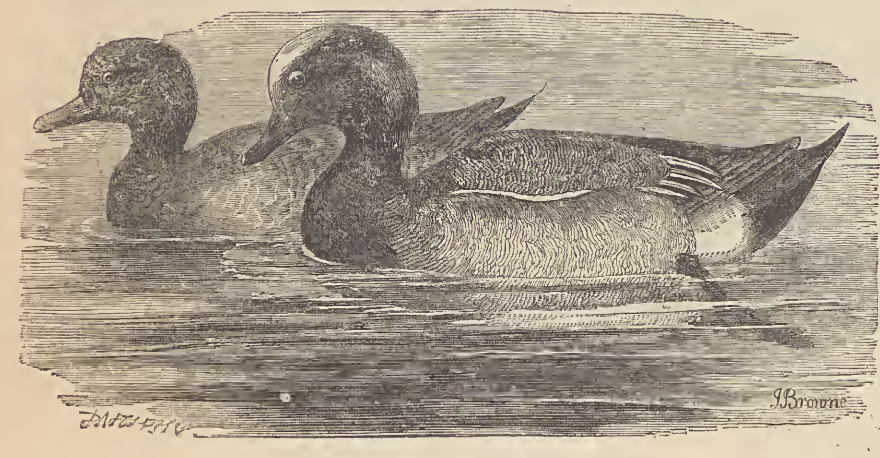
DESIGUALDAD CONYUGAL, cuadro de R. Poetzelberger

SUMARIO

AVES DE CORRAL

GALLINAS, GANSOS Y PATOS

Esos nombres representan tres especies de aves que han llegado á tener tanta importancia para la economía doméstica, que se vería el hombre en grave apuro si hubiese de sustituirlas con otras. ¿Quién renunciaría sin gran disgusto al pollo asado, á su acos-



PATO Ó ÁNADE SILVESTRE

tumbrado cuarto de gallina en el puchero ó á los huevos de la misma? Tampoco es bocado despreciable un ganso ó un pato cebado, como los comen en los pueblos del centro y Norte de nuestro continente; en particular de aquellas regiones en donde el invierno exige para la cama el abrigo de un buen plumón relleno con las mullidas plumas de la primera de esas aves.

Respecto á su carne, muchos gastrónomos la prefieren á la del clásico pavo de Nochebuena.

Pero á pesar de la utilidad que prestan por su carne y por sus plumas, el ganso y el pato no se han generalizado ni se generalizarán tanto como la gallina. El gallo *(gallus)* lo encontramos en todos los países del mundo donde ha puesto su planta el hombre civilizado. Dondequiera que el europeo ha ido á colonizar, allí ha llevado consigo la gallina. Ninguna otra ave ha podido sustituirla; las ha vencido á todas y ha reemplazado á las otras que ya desde antiguo habían sido domesticadas. Cuando los españoles descubrieron América, sus conquistadores encontraron domesticadas, entre los habitantes del Perú y los salvajes que habitaban las orillas de los afluentes del río Amazonas, otras especies de la familia gallinácea; los llamados hoccos (*Grax Elector* y *Grax Yarellii)*, que tienen próximamente el tamaño de un pavo. Introducida nuestra gallina en América, muy pronto sustituyó á aquéllas.

La patria natal de la gallina doméstica es Asia, y pertenece á las 300 especies que forman la gran familia de las gallináceas, á la de los cañaverales de la India, á la que los naturalistas damos el nombre de *Gallus Bankiva*. Carecemos en absoluto de noticias acerca de la época en que esta especie fué domesticada y adoptada como ave de corral, pero podemos calcular que lo habrá sido desde tiempo remoto. Los escritores de la antigüedad mencionan ya al gallo, y de que en la primitiva Grecia era muy conocido, es prueba el nombre que le daban, «ὄρνις» ¡pájaro!

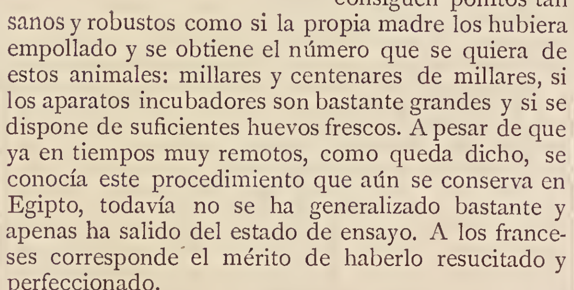
Cuando el apóstol San Pedro renegó del Señor, cantaba el gallo; por consiguiente, al principio de nuestra era figuraba ya como ave doméstica entre el pueblo de Israel.

Es curioso, sin embargo, que nos falten todos los datos sobre su aclimatación casera, mientras que de otras aves nos habla á lo menos la leyenda. Por ésta sabemos que los argonautas trajeron á Europa, cuando su célebre expedición en busca del vellocino de oro á Arquis, en las orillas del río Phasis, el faisán, que toma su nombre, *Phasianus Colchicus*, de los nombres de dicho río y de aquel país. A pesar de estar aclimatado hace ya muchos siglos en Europa, á pesar de su sabrosa carne y de su precioso plumaje, el faisán no se ha generalizado en nuestro continente, ha sido siempre pájaro más ó menos extraño, asiático, mientras que la gallina se ha extendido por el orbe entero, y se ha abierto de tal modo paso entre todas las clases de la sociedad, que así la vemos en la choza del pobre, como en los palacios de las testas coronadas.

¿Quién no sabe que la reina Victoria de Inglaterra posee los mayores y mejor cuidados gallineros del mundo, y que encuentra gran placer en ocuparse en la cría y cuidado de sus plumados habitantes?

No quiero cansar á mis benévolos lectores con la enumeración de todas las variedades que el estudio y la diligencia del hombre ha conseguido del *Gallus Bankiva* ó gallina primitiva, desde el disforme gallo de Cochinchina, hasta la linda gallina enana. Dejemos los resultados que el capricho de cada aficionado ha obtenido de la cría de las gallinas, y ocupémonos de lo más práctico, á saber: ¿qué debe hacerse para aumentar el uso de esta utilísima y apreciada ave, y para lograr que su carne sea tan económica como sabrosa?

Lo primero se consigue por medio de un procedimiento conocido y puesto ya en práctica por los antiguos egipcios: la incubación artificial. Sabido es que la gallina necesita tres semanas para incubar sus huevos. Esta operación nos priva, no sólo por ese término, sino casi por lo que resta de año, del utilísimo producto de esa ave: de sus huevos. La incubación artificial evita tales inconvenientes, porque por medio de ella se consiguen pollitos tan sanos y robustos como si la propia madre los hubiera empollado y se obtiene el número que se quiera de estos animales: millares y centenares de millares, si los aparatos incubadores son bastante grandes y si se dispone de suficientes huevos frescos. A pesar de que ya en tiempos muy remotos, como queda dicho, se conocía este procedimiento que aún se conserva en Egipto, todavía no se ha generalizado bastante y apenas ha salido del estado de ensayo. A los franceses corresponde el mérito de haberlo resucitado y perfeccionado.



Nuestros vecinos de allende el Pirineo han trabajado más que ninguna otra nación para dotar nuestra mesa con los más sabrosos pollos que se conocen.

El procedimiento de la incubación artificial consiste en llenar con huevos fecundizados los departamentos que el aparato llamado incubadora contiene, y sostener constantemente en él por espacio de tres semanas una temperatura igual á la de la sangre de la gallina cuando está empollando, temperatura algo más alta que la que tiene en su estado normal. Si no se llenan á la vez los departamentos de la incubadora, se comprende que unos pollitos nacerán antes que otros, y que el aparato deberá calentarse tantos días más, cuantos haya de diferencia en la colocación de los huevos. Cuando los pollitos han salido del cascarón, se les guarda en una caja forrada de plumas y en sitio templado, hasta que se les entrega á su madrastra para su crianza: á una gallina que ya tiene pollos ó á una pava. Estas últimas se prestan generalmente muy gustosas á tomar sobre sí la carga de criar y educar los hijastros, de quienes cuidan como si fuesen sus propios hijos.

Como la gallina es ave que se alimenta, no sólo de granos, sino también de insectos, ha de procurarse que los pollitos encuentren ese alimento tan sano y provechoso para ellos. Si tienen ocasión de salir al campo, ya procuran ellos mismos cazar toda clase de coleópteros; pero si están encerrados en algún corral, se les debe proporcionar en lo posible tan apetecida comida.

El medio más sencillo es establecer un gusanero, es decir, poner en un rincón del corral algún pedazo de carne y dejar que los moscardones, que en todas partes se encuentran y que en seguida lo descubrirán, depositen en él sus huevos. Cuando éstos cubren la carne en forma de puntitos blancos, se echa sobre aquélla un poco de tierra arenosa y se la deja algunos días, al cabo de los cuales se la destapa y se la encontrará convertida en criadero de gusanos, que serán engullidos por los pollitos con gran afán, sirviéndoles de excelente alimento.

Crecidos los pollos, se les lleva al cebadero para engordarlos. El cebadero es un edificio largo y bajo de techo, en el cual hay colocados á los dos lados y en medio largas pilas de jaulas, unas sobre otras, y en cada jaula un pollo ó gallina. Esas jaulas deben ser bastante estrechas para que sus habitantes apenas se puedan mover en ellas. Comida no se les pone ninguna; su ajuar debe consistir en un bebedero con agua, y arena en el suelo de la jaula. Una persona, generalmente una muchacha, es la encargada de cebarlos dos ó tres veces al día. La comida, preparada con cebada, centeno ó avena y lentejas quebrantadas ó molidas á grano grueso, se mezcla con salvado y se remoja con agua para que todo junto forme una especie de gacha ó papilla. La chica lleva en una mano el cubo con la comida y en la otra un embudo; se acerca á la jaula del pollo, que en seguida saca por entre los listones de su prisión la cabeza con el pico abierto; le mete el embudo en el pico; echa unas cucharadas de la comida, que el pollo engulle con gran placer, y sigue cebándolo hasta que el ave tiene el buche bien repleto; en seguida se dirige á la jaula del vecino, repite la misma operación y continúa hasta que todos los pollos estén cebados. Pronto se acostumbran estos animales á recibir de esta manera el alimento; aumentan de día en día su volumen y gordura, y en un par de semanas se ha conseguido convertirlos en un excelente y sabroso manjar.

Tales cebaderas, lo mismo que las incubadoras, se ven y estudian en los jardines zoológicos del extranjero, y como estos establecimientos son de gran utilidad para la enseñanza y el estudio del público en general, y en ellos se aprenden mil cosas prácticas para la economía doméstica, deseamos con afán que se generalicen en España.

El ganso y el pato son naturales de Europa, y no importados, como lo es la gallina; mas á pesar de eso, nos faltan noticias respecto de la época en que el hombre los amansó y los convirtió en aves domésticas.

Por la historia sabemos que los gansos salvaron el Capitolio de Roma despertando con sus graznidos á la dormida guarnición, que á tiempo pudo rechazar la sorpresa que sin ellos hubieran llevado á cabo los sitiadores. No cabe, pues, duda que la domesticidad del ganso es muy anterior al imperio romano.

El pato *(Anas boschas)* habita en toda Europa, desde Gibraltar hasta Hammerfest, desde Portugal hasta los límites de Rusia; pero el ganso ceniciento *(Ansar cinereus)*, del cual desciende nuestro ganso doméstico, sólo en la época de la cría se le encuentra en el Este y Norte de Alemania, en la Rusia Septentrional (Europea y Asiática), en Inglaterra, Suecia y costa de Noruega. En los primeros de los citados países se le halla en el interior; pero en los últimos, casi no se separa de la costa. Vive y cría en lagos y pantanos con espesos cañaverales, y emigra en agosto ó principios de septiembre, pasando los meses del invierno en Egipto, en el Mediodía del Asia, principalmente en la China meridional ó la India, de donde á últimos de febrero ó mediados de marzo vuelve á su patria. El pato ó ánade no se separa del agua; el ganso sale del elemento líquido para buscar en los cercanos campos su alimento predilecto, es decir, toda clase de grano, raíces, nabos y hierbas. Del reino animal no come nada, ni peces, ni moluscos, ni insectos, que constituyen la principal alimentación del pato. A pesar de sus *palmípedes*, anda el ganso muy bien en terreno firme, al contrario del pato, que fuera del agua se mueve con dificultad, por lo cual se indica su andar con el verbo anadear.

El ganso vive aparejado con una sola hembra, de la cual no se separa en toda la vida. A mediados de marzo empieza la pareja la construcción de su nido, en el que, á fines del mismo mes, y después de haberlo forrado con las plumas que se arranca del pecho, pone la hembra 7, 8, 10 y hasta 12 huevos. A los veintisiete ó veintiocho días de empollarlos, salen los gansitos cubiertos de una especie de lana amarilla, que poco á poco se les cae, según van saliéndoles las plumas.

En el Norte de Europa, donde la gente se dedica más á la cría del ganso que en el Mediodía, se le ve



UN EPISODIO DE LA INFANCIA DE GARIBALDI
Escultura de C. Fontana, premiada en la última Exposición Artística de Roma



ENSUEÑO EN EL CLAUSTRO
Escultura de L. de Lucca, presentada en la última Exposición de Nápoles

en grandes bandadas en cualquier pueblo, porque cada vecino, aun el más pobre, tiene por lo menos una pareja. Allí se les trata con bastante crueldad para conseguir abundante cosecha de las apetecidas plumas. Antes de la época de la muda, que es en junio, el dueño les despluma el pecho, repitiendo en septiembre la misma operación. Llegado el invierno, época en que se comen los gansos, se obtiene la tercera cosecha de plumas, quitándoles definitivamente su mullido ropaje.

Tiene de particular el ganso, lo mismo que el pato, respecto á la muda de sus plumas, que éstas se le caen rápidamente, las grandes de las alas casi todas de una vez; quedando el animal tan pelado, que no puede volar hasta que no salen las nuevas. Los gansos silvestres se ocultan por esta circunstancia, durante la época de la muda de su plumaje, en los más espesos cañaverales de los lagos y pantanos, y no se les ve hasta que reaparecen de nuevo armados con ese medio indispensable para el vuelo. Los cazadores aprovechan la ocasión, no para cazar al ganso viejo, cuya caza está prohibida en ese tiempo, sino á los pollos. Estos, que ya son volanderos, levantan el vuelo cuando los buscan los perros de agua. A estos gansos jóvenes se les puede tirar, pues las leyes de caza de Alemania lo autorizan, y como su carne es manjar muy delicado, son muy codiciados y perseguidos.

Los gansos viejos tienen la carne dura; pero el ganso joven cebado puede competir con el ave más sabrosa. Para cebarlos, se les encierra en estrecha jaula de madera, donde apenas pueden moverse; se les da cebada, avena, patatas cocidas y crudas en abundancia y toda el agua que quieran. A media noche cuando el desgraciado ganso está durmiendo, se le despierta, se le abre el pico y se le hace tragar, hasta que tiene el buche bien repleto, unas bellotas hechas con harina y salvado amasado con agua.

Por medio de este cruel procedimiento se consigue que adquieran una capa de grasa, que muchas veces pasa de un centímetro de espesor, entre piel y carne, y que, depositándose gran cantidad de sebo en los órganos abdominales de la víctima, adquiera el hígado la enfermedad que los médicos llamamos adiposidad, *hepar adiposum*.

Tales hígados patológicos constituyen el tan delicado *foie gras*, que nuestros lectores habrán comido muchas veces sin pensar que saboreaban el hígado enfermo del ganso cebado. Strasburgo tiene fama de llevar al mercado los más delicados *foies grasses* del mundo, y efectivamente, en la capital de la Alsacia se había conseguido degenerar rápidamente los hígados de los gansos, convirtiéndolos en hígado adiposo.

El inhumano procedimiento consistía, no sólo en encerrar á las víctimas y rellenarles constantemente el buche como queda dicho, sino que además los colgaban por medio de un cinturón puesto en el pecho, de manera que la pobre ave no pudiese tocar con las patas el suelo de su cárcel.

Cuando el difunto emperador de Alemania Guillermo I tuvo noticia de tan cruel procedimiento, lo prohibió en absoluto bajo severas penas.

De los países situados á orillas del Danubio se envían en el invierno á Alemania, empaquetados entre hielo, millares de hígados de ganso para convertirlos en el muy sabroso embutido que se conoce con el nombre de *Gaenseleberwurst*, salchichón de hígado de ganso.

Para que los patos se críen bien, necesitan agua, sea en estanque, arroyo ó charco, donde puedan bañarse, nadar ó sumergirse; como no es siempre fácil proporcionarles ese elemento, para ellos vital, y como sus plumas se aprovechan poco, no se crían estas aves en tanta abundancia como los gansos, y mucho menos como las gallinas.

DR. BREHM

SECCIÓN AMERICANA

EL PARAISO PERDIDO

POR N. HAWTHORNE

Allá en los primeros años del mundo, vino á él, sin padre ni madre, un niño llamado Epimeteo; y como el pobre se aburría de estar solo en su cabaña, le enviaron de regiones muy apartadas una niña preciosa, también sin padres (1), para que le hiciese compañía. Se llamaba Pandora.

Al llegar Pandora á la cabaña de Epimeteo, ¿qué creerán ustedes que le llamó la atención?

Una caja.

¿Y qué pregunta la primera que hizo á Epimeteo? Qué tenía dentro.

El interpelado, que era, según lo pinta la tradición, un niño muy formal y muy juicioso, le contestó:

– Aquí la trajo un caballero para que se la guardase; y como no me dijo su contenido, no lo sé.

– Pero ¿de dónde vino ese caballero?

– Tampoco lo sé.

– ¡Jesús! ¡Qué fastidio! – exclamó Pandora, haciendo un mohín remonísimo; – ¿y cuándo se la llevan?

– ¡Qué sé yo! – dijo el chico encogiéndose de hombros.

– Por mi parte, ya se la podían haber llevado.

– Pues no pienses más en esto y vámonos á jugar.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos en que andaban los niños libres y sueltos por el mundo; pues como no había inquietudes, afanes, ni peligros, ni calcetines que zurzir, ni era preciso para alcanzar el sustento necesario tomarse otro trabajo que el cogerlo de los árboles, los papás y las mamás eran cosa inútil y no se conocían! ¡Oh vida deliciosa, y cuán diferente de la trabajada que pasamos en estos detestables tiempos! Todo era paz, todo amistad, todo concordia entre los chiquillos, que ni trabajaban, ni estudiaban, ni reñían, ni lloraban nunca. ¡Bien hicieron los antiguos en llamar á ese tiempo, que ya pasó, para nunca más volver: *¡Edad de oro!* También es verdad que las *penas* y los *cuidados* hoy tan innumerables, no se conocían; como que antes de la curiosísima de Pandora jamás sufrió ningún chiquillo desazón tan grande como la suya al verse contrariada por Epimeteo, delante de la caja.

Lo que tenía Pandora no era, sin embargo, una *pena*, sino la sombra de ella; pero la niña dió en pen-

(1) ¿Ni qué falta le hacían á una niña modelada por Vulcano, animada por Minerva y dotada por los dioses con tanta generosidad como lo fué ella? – *(N. del T.)*

sar en aquello; y como se pasaba el angelito las horas muertas haciendo reflexiones acerca de la dichosa caja, se puso pálida, embebida y triste, y Epimeteo se aburrió, y la cabaña se convirtió en un calabozo, relativamente, por supuesto, á las cabañas de los otros chicos de la vecindad, donde todo era contento y alegría.

– Anda, Epimeteo, dime: ¿de dónde han traído esa caja? – repetía sin cesar Pandora. – ¿No sabes tú lo que tiene dentro?

– ¡Por Dios, hija, siempre estás á vueltas con la caja! Ya te he dicho que no lo sé. Vamos, – prosiguió cambiando de tono, – vente conmigo por uvas para merendar. Mira, yo sé una viña que tiene unos racimos que da gloria verlos.

– Y tú no piensas sino en comer, – exclamó la niña de mal humor.

– Pues entonces, – replicó Epimeteo, que tenía muy buena pasta, – iremos á jugar.

– No quiero, ¡ea!; ya me fastidio de jugar y de todo.

– ¿De todo?

– Sí, de todo, si no me dices qué tiene esa caja.

– Pero, mujer, si no lo sé, ¿cómo te lo he de decir?

– Ábrela y lo veremos, – le replicó Pandora, dirigiendo á Epimeteo la mirada más provocativa que se puede imaginar.

– Que se te quite eso de la cabeza. – Y la fisonomía del niño expresó tanto terror á la idea de violar el secreto que le habían confiado, que Pandora tuvo por cuerdo no volver á decírselo. Pero como seguía preocupada con la misma idea:

– Pues dime siquiera: ¿quién la trajo? – le preguntó.

– Mujer, la dejó á la puerta, poco antes que tú llegases, un hombre con la cara más burlona que se ha visto, y por poco no suelta el trapo á reir cuando la puso en el suelo. Tenía puesta una capa muy rara y un sombrero con alas. ¿Quieres que te lo diga otra vez?

– ¿Con bastón?

– Sí, por cierto, y muy extraño: con dos culebras enroscadas á manera de borlas.

– Ya sé quién es, – exclamó Pandora, quedándose pensativa: – ¡Mercurio! Él me trajo también. Ya ves tú si en esa caja no vendrá mi ropa, ó muñecas ó algo para nosotros.

– Podrá ser; pero mientras él mismo no me dé licencia de abrirla, ni tú ni yo debemos hacerlo.

– ¡Ave-María! ¡qué chiquillo más tonto! – murmuró Pandora viendo alejarse á su compañero; – ¡y qué corto es!

Verdaderamente era un fastidio para el pobre niño estar oyendo siempre la misma canción, de la mañana á la noche, y sobre todo en unos tiempos en los cuales, como ya dije antes, la gente menuda sufría tan pocas contrariedades, que la menor cosa les producía el mismo efecto que en nuestros días causan á los hombres los males más graves.

No bien hubo salido Epimeteo, se quedó Pandora como en éxtasis, contemplando la caja. Muchas, infinitas veces había dicho la caprichosa niña que la caja era fea; pero, á pesar de esto, la tal caja era un mueble de la más exquisita elegancia, tanto que hoy día hubiera hecho buen papel en el gabinete mejor amueblado. Figúrense Vds. que la madera de que estaba hecha era hermosísima, veteada de colores y tan perfectamente pulimentada y bruñida como un espejo. Sólo por esta circunstancia, ya que Pandora carecía de espejo, debía desear conservarla. Luego, los filetes y cantoneras estaban tallados con primor y maestría maravillosa, y alrededor ostentaba una guirnalda de figuras de hombres, mujeres y niños entre follaje; pero todo de dibujo y trabajo tan delicado y de composición tan artística, que las flores y las formas humanas ofrecían, al combinarse, un conjunto de singular belleza. No obstante, Pandora creyó descubrir una ó dos veces entre la hojarasca una figura menos hermosa que las demás, con cierta expresión desagradable; pero mirándola más despacio y tocándola, no vió en ella nada que la confirmase en su primera impresión: en realidad, aquella cabeza tenía buenas facciones; mas el artista, que debía serlo consumado, la dió tal traza que, al mirarla de cierto modo, pareciese fea.

La obra más notable se hallaba esculpida en un círculo sobre la tapa; dentro de aquel círculo campeaba, en el fondo negro y brillante, un busto con la frente ceñida de flores. Después de haberla contemplado largo rato, Pandora se convenció de que la boca se sonreía y se ponía seria como la de cualquier mortal, y de que reinaba en las demás facciones una expresión viva, suspicaz y maliciosa en grado sumo.

Estoy cierto de que si aquella boca hubiese hablado, habría dicho: «¡No tengas miedo, Pandora!, ¿qué mal puede pasarte de abrir esta caja? No hagas caso del tonto de Epimeteo. ¡Pues no faltaba otra cosa, teniendo tú diez veces más talento que él! ¡Abre la caja, niña, y verás qué cosas tan lindas trae dentro!»

La caja, y ya se me olvidaba decirlo, estaba cerrada, no con llave ni cosa parecida, sino por medio de una cuerda de oro, atada con el nudo más ingenioso, complicado y difícil que pueda imaginarse; y esto mismo aumentaba la curiosidad de Pandora y le avivaba el deseo de desatarlo, únicamente, así decía ella, para resolver el problema de su combinación. Dos veces, abismada en sus reflexiones, llevó distraída la mano á la cuerda.

– Ya me parece que voy dando con el secreto, – dijo para su sayo. – Si lo desato, lo vuelvo á atar y punto concluído; por eso no se incomodará Epimeteo... En no abriendo la caja... Eso no, lo que es la tapa no la levanto aun cuando no pueda volver á echar el nudo.

Mejor hubiera sido para Pandora tener alguna laborcita entre manos, y distraerse bordando siquiera unas zapatillas para Epimeteo, ó una randa para ella, que no estarse todo el día de Dios con los brazos cruzados mirando la caja. ¡Pero ya se ve, los chicos hacían una vida tan holgazana antes de que los males invadieran la tierra! ¡Como si cuando no hace falta trabajar para comer, no fuese indispensable trabajar para *vivir!*

No sé si la tal caja llegó á convertirse con el tiempo en una distracción para Pandora; lo que sí sé es que le inspiraba muchas y diversas cavilaciones el bruñido de sus tablas, y los festones y las orlas de sus filetes y cantoneras. También solía ponerla de mal humor, y entonces, ¡oh! entonces se desahogaba dándole un puntillón con sus piececitos, y así llevó infinitos... ¡más se merecía!

– Pero, ¿qué tendrá esta caja? – exclamaba sin cesar.

Pónganse en lugar de Pandora todas las niñas del universo, y en las mismas condiciones de *farniente*, y les sucede lo propio.

Ignoro si Pandora creía encontrar juguetes en la caja, porque á la verdad, entonces no se hacían, probablemente á causa de que en aquella época el mundo todo no era otra cosa que un gran juguete para sus habitantes. Lo que sí esperaba descubrir dentro era alguna cosa muy bonita, y ved ahí por qué la consumían la impaciencia y la curiosidad.

El día de que hablamos, mientras Epimeteo jugaba á los pollitos en el prado vecino con una caterva de chiquillos de su edad, le dió á Pandora más fuerte que nunca por la caja, y se fué á ella casi decidida á destaparla si podía. ¡Infeliz criatura!

Quiso levantarla, pero pesaba demasiado para las fuerzas de una niña; así que, no bien la hubo alzado algunas pulgadas del suelo, se les cayó de las manos. Porecióle entonces que se escapaba del interior de la caja un leve ruido; puso atención, detuvo el aliento y escuchó. ¿Serían los latidos de su corazón? Ella misma no lo sabía; mas es lo cierto que su curiosidad iba creciendo de una manera extraordinaria.

Al levantar la cabeza, sus ojos se fijaron en la cuerda de oro.

– Por supuesto que es preciso tener mucho talento, – dijo casi en alta voz, – para echar un nudo semejante. Pues yo voy á ver si lo suelto.

Cuando más engolfada estaba en su trabajo, entró por la ventana un rayo de sol muy brillante y muy dorado, y lo llenó todo de alegría, y detrás del sol entraron por el mismo sitio qué sé yo cuántas carcajadas de los amigos de Epimeteo, que bullían por allí junto. Pandora se detuvo para oirlos.

– ¡Qué día tan hermoso! – exclamó, y se le escapó un suspiro.

El manuscrito que me está sirviendo para hilvanar esta historia, dice que en aquel momento tuvo Pandora impulsos de soltar la cuerda, de no pensar más en la caja y de irse á correr con los demás chicos de la vecindad; y yo creo al manuscrito bajo su palabra. Pero lo cierto y averiguado es que sus deditos no desistieron de la empresa, y que, aun cuando le pareció notar en la cabeza esculpida sobre la tapa cierto gesto desagradable, siguió dando tirones, apretando de aquí, aflojando de allí, hasta que al fin, ¡qué horror!, sin saber cómo, se soltó la cuerda.

Pandora se quedó inmóvil.

– ¡Ay! ¿Qué va á decir aquél cuando entre? ¿Cómo podría yo hacer el nudo otra vez?

¡Pues ahí era nada reanudar aquello! ¡Así hubiera estado hasta la consumación de los siglos en probaturas! ¿Ni cómo había de dar tampoco con la clave, si ya se le había borrado de la memoria de qué manera estaba hecho el lazo? No tenía, pues, más remedio que fastidiarse y aguantar la reprimenda de Epimeteo.

Ocurriósele entonces una idea peregrina.

– Si cuando entre mi compañero, – dijo, – ve la cuerda en el suelo, desde luego se figurará que yo la he desatado para registrar la caja, y aunque me ponga en cruz no va á creer que no me he atrevido á tanto; pues si de todos modos me ha de atribuir esa indiscreción, levantemos la tapa y veamos.

¡Pícara niña! Lo que debió de haber hecho, la creyesen ó no, era dejar quieta la caja, y no apurarse por las dudas de Epimeteo; que, cuando se inculpa sin razón, la conciencia puede aguardar tranquila á que, más tarde, ó más temprano, brille la verdad y triunfe. Tengo para mí que Pandora hubiera obrado así de no advertir en la figura de la tapa una expresión seductora y persuasiva, y, lo que es peor, percibir ciertos rumores vagos de la parte de adentro, los cuales se iban haciendo por momentos más claros é inteligibles, hasta el punto de parecerle que le decían muchas vocecitas:

– Déjanos salir, Pandora, y estaremos siempre contigo.

– ¿Qué podrá ser esto? – se preguntaba la niña. – ¡Pues yo he oído bien; esas son voces! ¡Ea! Pecho al agua; voy á levantar la tapa, miro una vez no más, y vuelvo á cerrar en seguida. ¿Qué tiene eso de malo?

Pero volvamos á Epimeteo, á quien nada le salía derecho aquel día: si jugaba al toro, siempre le tocaba ser caballo; si buscaba uvas, todos los racimos eran agraz; si higos (Epimeteo gustaba mucho de los higos), no había uno sano para él. Resultado: que se aburrió, que cerró su boca y que se fué á un rincón á llorar su mala ventura. Los demás niños se devanaban los sesos por darse cuenta de lo que le pasaba, cosa que ni él mismo comprendía; pues, como ya dije al principio, todo el mundo era feliz entonces, y nadie había sufrido todavía lo más mínimo, física ni moralmente.

Conociendo al fin el pobrecillo que sólo servía de estorbo á sus compañeros, tomó el camino de su casa en busca de Pandora, con quien es fama se llevaba perfectamente, excepto en el asunto consabido. Para no entrar con las manos vacías, cortó unos pensamientos, y fué por la vereda tejiéndole una corona con el primor y la destreza que en aquellos felices tiempos hacían estas cosas los muchachos.

Bueno será dejar consignado que mientras iba Epimeteo la vuelta de su casa, comenzaron á formarse en el cielo unos nubarrones muy densos, los cuales fueron poco á poco extendiéndose, hasta interceptar el sol completamente á tiempo que entraba en ella. Quiso el niño ir de puntillas hasta donde estaba Pandora (la cual, de espaldas á la puerta, se disponía entonces á levantar la tapadera), para ponerle por sorpresa la corona; pero bien hubiera podido adelantarse, no digo á su paso, sino con más ruido que un elefante, seguro de que ella lo sintiese. Cuando Epimeteo vió en qué se ocupaba su compañera, se quedó parado, con los ojos de par en par, pero no chistó.

¡Ay, Epimeteo!, si hubieras dado un grito, tu compañera no habría levantado la tapa, y ¡quién sabe si el misterio fatal que contenía la caja no se hubiera conocido jamás!

Pero también Epimeteo, á pesar de la poca curiosidad que aparentaba, sentía de vez en cuando muchas ganas de asomar las narices por allí. Así fué que, al ver á Pandora en actitud de apoderarse del secreto, siguió el partido de no dejar que ella sola lo poseyera. Y luego, si había allí dentro juguetes ó golosinas, era preciso repartírselo como buenos hermanos. De este modo Epimeteo se hizo tan culpable como Pandora, y por tanto, siempre que en el curso de la presente maravillosa historia digamos mil merecidas picardías de la curiosa niña, no podremos menos de encogernos de hombros al pensar en su cómplice.

Apenas hubo Pandora levantado la tapa, se llenó la cabaña de tinieblas y de horror; y las nubes, pardas y amenazadoras, se interpusieron entre el sol y la tierra, como si estuviese á punto de caer nuevo diluvio universal en medio de un tumulto de truenos.

Pero la funesta niña, sin parar mientes en tan lúgubres presagios, acabó de abrir la caja y miró dentro. Entonces, una multitud innumerable de seres con alas de murciélago y colitas de escorpión, tan menudos como abejas, salieron en tropel, tropezando con su cara y desparramándose por la cabaña.

– ¡Ay! ¡ay! ¡Dios mío! ¿Qué es esto? – gritó con toda la fuerza de sus pulmones Epimeteo, á quien por lo visto habían saludado ya los animalitos con sus lancetas. – ¿Por qué has abierto esa caja? ¿No te lo decía yo?

Asustada Pandora con las voces de Epimeteo, dejó caer la tapa del cofre y miró á su alrededor, pero fué en vano, porque nada le permitía ver la nube que formaban los fugitivos.

Aquella escena era horrible. La cabaña, sumida en sombra; Epimeteo, llorando á grito herido; Pandora, muertecita de miedo y toda temblorosa; por el aire,

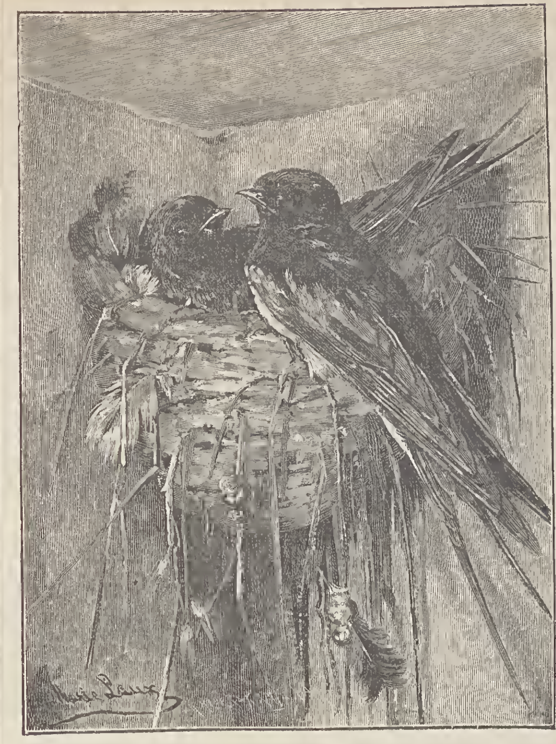
millones de insectos, zumbando como cien enjambres de abejas, y desde fuera, dominándolo todo con voz pavorosa, el trueno, que resonaba por las nubes con infernal estrépito.

Cuando los ojos de Pandora se hubieron hecho algo á la obscuridad, vió que á Epimeteo le había picado uno de aquellos insectos. Ella misma estuvo á punto también de recibir un saetazo de cierto monstruo tamaño de una mosca.

¿Y saben Vds. qué clase de animalitos era la que se escapó de la caja? Pues nada menos que la terrible familia de las *penas* terrestres: las *malas pasiones*, los *cuidados*, más de doscientas clases de *pesadumbres*, quinientas *enfermedades*, todas las *infamias* y todas las *malicias*; en fin, cuantos males afligen ahora á la especie humana y que habían sido encerrados allí de orden superior para preservar de sus estragos á los venturosos hijos de la naturaleza.

Si los depositarios de la tranquilidad universal hubieran sido fieles y obedientes, nadie habría sufrido jamás el más leve, el más insignificante dolor; pero ¡admírense Vds. de la calamidad que trajo al mundo la falta de un solo individuo! Pandora con abrir la caja y Epimeteo con tolerarlo, dieron lugar á que todas las *penas* se desparramasen por la tierra, y vivieran, creciendo y multiplicándose entre nosotros por los siglos de los siglos.

Como no era posible que los dos niños pudieran soportar aquella nube de malignos animales en los estrechos límites de su cabaña, abrieron de par en par puertas y ventanas para librarse de ellos; los cuales, una vez fuera, se extendieron á su placer por toda la redondez de la tierra á caza de criaturas humanas. Todo se puso triste, y hasta la misma naturaleza pareció resentirse de aquella invasión inesperada. Las flores, que antes no se marchitaban, comenzaron á tener vida fugaz y leve, quedando en estrecho límite encerrada; y los niños, ¡qué dolor!, dieron en crecer, en hacerse hombres, en ponerse viejos y en morirse después, sin haber tenido tiempo siquiera de pensarlo.


MENSAJEROS DE LA PRIMAVERA, dibujo de María Laux

La pícara de Pandora y su cómplice se habían quedado muy serios y pensativos, suspirando y poniéndose saliva en los picotazos para calmar sus dolores, que les parecían insufribles. Ya se ve, ¡no estaban acostumbrados á padecer!

Al fin, Pandora rompió á llorar y apoyó tristemente su cabecita en la caja para dar mejor salida á las lágrimas y sollozos que la ahogaban. Estando así oyó dentro del cofre un golpecito.

– ¿Qué será eso, Epimeteo?

El niño no contestó palabra.

– ¿Epimeteo? – dijo la niña entre suspiros, – ¡contéstame!

Y el ruido volvió á percibirse más claro, como si una mano muy pequeña diese contra las tablas.

– ¿Quién eres? – preguntó Pandora por un resto de curiosidad.

Una voz sutil y armoniosa le respondió: – Levanta la tapa y lo sabrás.

– No por cierto.

Y se volvió hacia Epimeteo, esperando que aprobase su prudencia; pero el niño se contentó con decir: – ¡A buena hora!

– Abreme Pandorita, que yo no soy hermana de esos que han salido. Abreme, sí, Pandora, y verás cómo te quiero.

Había en el acento de la voz una dulzura tan encantadora, que no era posible resistir. Además, los niños, sólo con oirla, experimentaban cierto consuelo, cierto alivio en sus penalidades, como si les quitasen un peso de encima del corazón.

– ¡Epimeteo! – exclamó Pandora, – ¿has oído? ¡Qué voz tan bonita! ¿no es verdad?

– Sí, ¿y qué?

– ¿Abro?

– Como quieras. Después de lo que has hecho, tanto da una pena más ó menos.

– ¡Pícaro! – el gritó desde adentro la vocecita riéndose: – ¡Si tú tienes más ganas que ella todavía de saber quién soy! Abridme, que quiero salir para consolaros: ya veréis cuando yo esté fuera cómo las cosas no son tan malas como parecen.

– Epimeteo, yo voy á abrir.

– Espérate, mujer, y te ayudaré.

UN TROMPETAZO, cuadro de Barison

Y entre los dos alzaron la tapa, y al punto salió volando de la caja una figura humana del tamaño de una muñequita; pero muy esbelta, muy simpática, muy risueña, y con un mirar tan resplandeciente, que allí donde ponía los ojos, al punto quedaban disipadas las sombras. ¿Han hecho ustedes alguna vez bailar un rayo de sol en la pared con la luna de un espejo? Pues eso parecía la encantadora aparición, volando de acá para allá, hasta que acercándose á Epimeteo, le puso la punta del índice sobre la picadura de una pena, y le quitó el dolor, lo mismo que á Pandora todos los suyos, dándole un beso en aquel pimpollo que tenía por boca. Y siguió la risueña criatura dando vuelecitos por la cabaña, y llenándola toda de una cosa mejor que la alegría. Tan amable, tan afectuosa, tan buena se mostraba, que llegaron los chicos á ponerse contentos de haber abierto por segunda vez la caja. A decir verdad, hubieran hecho muy mal en dejar cosa tan peregrina dentro de ella.

– Dime, ¿quién eres? – le preguntó Pandora.

– Soy... la *Esperanza*, – respondió la aparición; – y como tengo el poder de consolar, me pusieron en esta caja con las *penas*. Ya ves que no era justo estuviesen ellas libres y yo prisionera.

– ¡Qué alas tan preciosas tienes!

– Sí, son de los colores del arco iris; pero no creas al verme alegre que hay en mí menos lágrimas que sonrisas.

– ¿Quieres quedarte con nosotros para siempre?— le preguntó Epimeteo.

– Mientras que os haga falta estaré con vosotros, – contestó la *Esperanza* sonriendo, – y duraré mientras estéis en el mundo. Tal vez haya momentos, – añadió, – en los cuales creáis que os dejo en olvido; pero tened por cierto que, cuando menos lo penséis, veréis brillar el iris de mis alas en vuestra cabaña; sí, y además, yo sé una cosa muy buena, muy buena, que os está reservada.

– Pues di lo que es, sí, dilo.

– Por ahora es un secreto; pero no hay que desesperar si no veis realizada esa esperanza mientras estéis en la tierra. Confiad y esperad.

– Mira que confiamos en ti, – exclamaron á una voz Epimeteo y Pandora.

Y no sólo confiaron ellos en la *Esperanza*, sino es todos los demás mortales.

A decir francamente mi opinión, reconozco que Pandora cometió una falta gravísima por ser curiosa, pero casi me alegro de ello. Porque si bien es cierto que por su desobediencia se extendieron las *penas* por el mundo, creciendo y multiplándose entre nosotros de una manera prodigiosa, también lo es que tenemos la *Esperanza* en el punto mismo que la necesitamos; que ella espiritualiza la vida y la renueva sin cesar, y que, hasta en los momentos de mayor ventura, cuando se nos ofrece la existencia como un sueño de color de rosa, la *Esperanza* nos hace ver en esa dicha misma un destello de la infinita felicidad que, siendo buenos, podemos alcanzar en el cielo.

TRADUCIDO POR M. JUDERÍAS BÉNDER

LA MUSICA INSTRUMENTAL (1)

Y LOS TRES REINOS DE LA NATURALEZA

II

No se pueden sentar así á bulto tesis generales, so pena de exponerse á verlas desmentidas por una práctica ante la cual no queda otro recurso que bajar la cabeza.

En efecto, el que los naturalistas hayan dividido á la Naturaleza en tres grandes zonas ó reinos principales, ó séase considerándola por su aspecto animal, vegetal y mineral, y establecido semejante orden de sucesión, en conformidad con su relativa importancia, no arguye en absoluto á favor de que el mérito ó valor de los instrumentos músicos dependa del orden de antelación ó de posterioridad á que, por razón de su respectiva materia ó estructura, deben su existencia; y tan cierto es esto, que con sólo que Mr. Lasalle hubiera parado mientes, v. g., en que el registro de flauta travesera de algunos órganos, hecho de metal, nada tiene que envidiar á una flauta, propiamente dicha, de boj ó de granadillo, así como que el registro de voz celeste ó angélica habla en ocasiones al alma, á pesar de deber su mágico efecto á una lengüeta de latón, con tanta expresión como hacerlo puedan las cuerdas de un violín hábilmente manejado, no habría sentado en absoluto la tesis de que arriba dimos cuenta, en orden á la prioridad ó mérito de los instrumentos músicos de acuerdo con el reino de la Naturaleza á que pertenecen.

No hay que hacerse ilusiones: los efectos mágicos que operan los instrumentos músicos son debidos á un número de concausas, mucho mayor que el que á primera vista parece; tales, entre otras, como la especie zoológica cuyos sean los intestinos, así como el procedimiento usado en la curación de éstos; la clase de madera empleada en su construcción, de igual manera que sus cualidades constitutivas; la diversa naturaleza de los metales, habido igualmente en cuenta su proporcionada aleación, etc., etc., etc.

Si es cierto que los instrumentos metálicos ocupan en merecimiento el grado ínfimo, ¿se atrevería Mr. Lasalle á preferir un concierto de guitarras solas, á otro de guitarras y bandurrias?...

¿Estimaría en más una guitarra cuyas cuerdas todas fueran de tripa, con absoluta exclusión de las entorchadas?... Pues qué, ¿tan poco efecto causan en nuestro ánimo y tan escaso deleite á nuestro oido una lira hecha de barras metálicas ó un tímpano construído de tiras de cristal?

Y considerado el asunto por otro aspecto, ¿qué pito tocarían, ya que de música vamos tratando, las cuerdas sacadas de los intestinos de todos los animales habidos y por haber, si no fuera por la resonancia que le comunican las cajas sonoras, siquiera de madera, siquiera de metal, á que deben en primer lugar el timbre, el volumen y la propagación del sonido? Hágase, si no, la prueba de estirar una cuerda fijándola por sus extremos á un muro, hiérasela, y dígasenos después qué efectos de sonoridad se obtienen con semejante procedimiento; luego no son tan inferiores el reino vegetal y el mineral al animal como se pretende, tratándose de la construcción de instrumentos músicos. Y es que en el particular ocurre una cosa parecida á lo que pasa con el reverbero ó reflector respecto de la luz: que así como la claridad de ésta se aumenta considerablemente merced á dicho aparato, de igual manera crece en volumen el sonido bajo el influjo de la caja armónica, experimentando diversas modificaciones en relación con las cualidades constitutivas de dicho aparato auxiliar, tan eficaz como inexcusable.

Es cosa para hacer reir, no ya á un ser racional, sino hasta á un guardacantón (hecho de bronce, materia mineral, ¡ahí que no es nada!), la consecuencia que de sus premisas deduce Mr. Albert de Lasalle, y que, por lo chistosa, nos complacemos en volver á exponerla á la vista de nuestros lectores; á saber:

«Podemos, pues, sacar en conclusión, sin aventurar demasiado, que los instrumentos animales y vegetales, como hechos de substancias orgánicas, salen de su adormecimiento bajo la impulsión del sujeto hábil que los maneja, y, por decirlo así, *dan señales de vida* en virtud de un galvanismo especial. Por otra parte, ¿quién podría asegurar que ese pedazo de haya transformado en oboe, ó ese intestino de gato convertido en prima, han muerto completamente? Cierto que han sido arrancados de su centro de acción natural, y no podemos menos de convenir en que parte de sus propiedades ha tenido que perecer de resultas de tan súbita mudanza; pero la descomposición, prueba incquívoca de la muerte, no les ha alcanzado, y su constitución molecular sigue siendo la misma.»

Repuestos ya de nuestra risa, meditemos.

En la sed insaciable que devora á la sociedad por arrancar sus secretos á la Naturaleza, pasa lo que con todo linaje de investigaciones; á saber: que unas dan por resultado la verdad ó la utilidad, y otras el desencanto ó la irrisión. A estas últimas pertenecen, entre otras, la metempsicosis ó transmigración de las almas, la tesis recién publicada por la *Society for Psichical Research*, de Londres, respecto á que los muertos sueñan, y la teoría, en nuestros días renovada por Mr. Lasalle, referente á que los despojos, restos ó reliquias de un animal ó de un vegetal no han muerto completamente.

Todas las diversas y múltiples aberraciones que ha padecido, padece y padecerá el entendimiento humano acerca del particular que en este momento nos ocupa, giran forzosamente en torno de uno de estos dos ejes: ó materializar sobradamente el espíritu, ó espiritualizar con exceso la materia.

Hemos mentado en primer lugar la metempsicosis, y de ella diremos dos palabras.

Pitágoras fué el primero que enseñó entre los griegos y en Italia el sistema de la *Metempsicosis*, ó sea la transmigración, traslación ó traspaso de las almas de un cuerpo á otro cuerpo después de la muerte. Parece ser que aquel filósofo había aprendido ese dogma de los sacerdotes egipcios, los cuales enseñaban que después de la muerte pasaba sucesivamente el alma á los cuerpos de los animales terrestres, acuáticos y volátiles, y que lo verificaba en un período de tres mil años, pasados los cuales volvía nuevamente á animar el cuerpo del hombre. Por eso, los que creen en la metempsicosis, como los banianos, no matan ni comen ningún ser animado, por temor de matar ó comerse á alguno de sus ascendientes.

Cuéntase, á este propósito, de uno de esos bufones que nunca faltan en sociedad, que se acordaba de haber sido siglos atrás el *becerro de oro*. «Pues mire, – le hizo notar con harta agudeza una de las contertulias, – sólo ha perdido usted el *dorado*.»

Con respecto al *ensueño de los muertos*, nada podrá dar mejor idea de semejante delirio que copiar aquí textualmente lo que leímos en *Los lunes del Imparcial* (3 de marzo de 1890). Dice así:

«¿Sueñan los muertos?

»La Society for Psychical Research, de Londres, publica todos los semestres un tomo de estudios psicológicos, que suele ser fecundo en teorías novísimas sobre la manera de ser del alma y en revelaciones sorprendentes al extremo. En el último volumen dado á la estampa por la profunda asociación es donde una de las celebridades de ella, Mr. Myers, sostiene la teoría de que los muertos sueñan.

»Soñar no es, sin embargo, la palabra más apropiada para definir lo que hacen los muertos, pues en realidad lo que Mr. Myers les atribuye es la facultad de pensar. Pero como se llama ensueño al pensamiento de la persona que duerme, de igual modo cree el honorable individuo de la S. P. R. que debe decirse que los muertos sueñan, y no que los muertos piensan.

»La teoría de Mr. Myers puede condensarse en las ideas siguientes:

»Así como después de apagada la llama de una luz queda todavía encendido durante algunos momentos el pábilo y despidiendo débiles fulgores, de igual manera el espíritu de los muertos no abandona brusca (2) y totalmente la tierra, ni los seres queridos, sino que por algún tiempo conserva lazos que el transcurso de los años va debilitando.

»Durante ese lapso de tiempo, los muertos piensan en las cosas de la tierra, en los afectos profundos que aquí dejaron, en las cosas graves que callaron y que querrían comunicar á los vivos, en las injusticias profundas, – si las hay, – que de su voluntad pendía remediar si hubieran continuado viviendo.

»Cuando el muerto no tiene nada que comunicar á los vivos ó lo que quisiera decirles no tiene verdadera importancia, la fuerza de su pensamiento y de su intención es pequeña, y por consiguiente, no produce fenómeno alguno. Pero cuando se trata de revelaciones de magnitud, como, por ejemplo, de un asesinato de que haya sido víctima el muerto y que no haya sido descubierto ni castigado; de riquezas ocultas que pudieran sacar de la miseria á personas queridas; de un testamento perdido en daño de la voluntad del difunto, etc., entonces el pensamiento del muerto puede adquirir tal intensidad y tal energía que llega á causar en el espíritu de los vivos efectos verdaderamente hipnóticos, siempre que encuentre un «sujeto» favorable; es decir, siempre que el muerto encuentre un vivo cuya voluntad y fuerza de pensamiento sean más débiles que las suyas, como sucede entre el hipnotizador y el hipnotizado.

»Mientras el vivo está despierto no es fácil la comunicación del muerto con él. Pero cuando el vivo duerme se aproxima grandemente el estado de su espíritu al del muerto, y entonces la aproximación de ambos espíritus es fácil y con ella la acción hipnótica. Cree entonces el hombre vivo que sueña determinada cosa, cuando en realidad es que el pensamiento del muerto ha logrado sobreponerse al suyo propio. Y cuando el durmiente despierta le sorprende la fuerza con que ha soñado, y la cosa soñada se convierte en obsesión durante la vigilia. Si el vivo no acierta, sin embargo, que aquello es una revelación y se trata de un hombre débil, el muerto vuelve á la carga, y apoderándose de su espíritu cuantas veces duerme, le hace soñar dos y tres veces lo mismo, hasta que el vivo, alarmado por tanta persistencia, se decide á dar pasos que le convenzan de si lo que sueña es verdad.

»Mr. Myers ilustra su artículo con multitud de ejemplos, cuya verdad garantizan varios testigos en la mayoría de los casos.

»El más extraordinario de todos, por tratarse de un hecho reputado como histórico, y que ilustra muy bien la teoría de Mr. Myers, es el de un muerto que pensaba en su esqueleto.

»Un hombre muere asesinado en una posada soli-

(1) Véase el núm. 440.

(2) Entiéndase que ese *brusca* que ponemos aquí, lo hacemos en fuerza de copiar literalmente. El *brusquement* francés equivale á *repentinamente* en castellano, sin necesidad de hacer incurrir en la nota de *brusco*, grosero, ordinario ó zafio á quien por su comportamiento actual, ó su educación, no merece tal calificativo. – *José María Sbarbi.*



JOVEN ROMANA, dibujo de Casimiro Tomba

taria de Escocia y lo entierran secretamente en el campo, sin que de su desaparición ni de su muerte quede rastro alguno. Pasan algunos años, durante los cuales el muerto no cesa de pensar en el asesinato alevoso de que fué víctima y en su entierro en la triste y pedregosa ladera del cerro donde durante la noche sepultaron su cadáver. Llega una noche á la hostería un viajero sensible á este género de revelaciones, y el muerto, apoderándose de su espíritu, le hace soñar toda la escena del crimen y del enterramiento. Por la mañana, el viajero se despierta y el ensueño ha producido en su mente efecto tan profundo, que se convierte en obscsión, y al cabo de dos ó tres días de lucha, la obsesión le obliga á ir secretamente á cavar en el sitio donde fué enterrado el muerto. Descubre un esqueleto humano, avisa á las autoridades, practícanse averiguaciones y los asesinos caen en poder de la justicia.

»Mr. Myers no desecha en absoluto la posibilidad de apariciones de muertos á vivos; pero las considera como muy raras y extraordinarias, y las explica también por medio de la sugestión hipnótica del espíritu del muerto sobre el del vivo. El vivo ve entonces al muerto por igual procedimiento que, según el doctor Charcot, ve el «sujeto» hipnotizado la imaginaria fotografía que el hipnotizador le dice que hay sobre una cartulina en blanco.

»A este cuento refiere Mr. Myers otro suceso extraordinario. A un muchacho extremadamente susceptible á la acción hipnótica se le apareció estando despierto una hermana suya que había muerto hacía bastante tiempo antes. El muchacho refirió espantado á sus padres la aparición, y dando pormenores de ella dijo que su hermana se le había presentado con un arañazo en la cara. La madre, al oir esto, se desmayó, y sólo con gran trabajo pudieron arrancarla la confesión de que al ir á cerrar la caja había querido besar á su hija y la había hecho involuntariamente un gran arañazo en el rostro con un alfiler que llevaba en el pañuelo del cuello. «Nadie, – dijo la madre, – sabía esto, y el detalle del arañazo me hace ver que la aparición es verdad.»

»Mr. Myers habla muy en serio, y como él piensan la mayoría de los individuos de la grave Society for Psychical Research.»

¿Y qué diremos ahora de la extravagancia en que da de hoz y de coz Mr. Albert de Lasalle con su resucitada teoría del resto de vida que anima á los desechos animales y vegetales?... Diremos:

1.° Que unimos tan altas é inescrutables filosofías á las de los que sostienen que una tabla de madera aserrada por un carpintero, ó una barra de hierro golpeada al yunque por el martillo del herrero, se quejan, doloridas, en su respectivo lenguaje;

Y 2.°, que á imitación del juez que había sido abofeteado en la persona de su alguacil, *ahí nos las den todas.*

Volviendo ya, para concluir, á los efectos mágicos y sorprendentes causados por los instrumentos músicos, añadiremos á lo anteriormente expuesto, que siendo muchos los agentes que concurren á semejante operación, uno de los más eficaces es esa especie de corriente eléctrica que se establece entre el ejecutante y el oyente, según la mayor ó menor aptitud ó predisposición que entre ambos existe, lo cual depende de un sinnúmero de concausas cuyo simple planteamiento ocasionaría por si solo un tratado de no escasas dimensiones.

Estudio fisiológico musical es éste, que, como otros muchos, se halla por hacer, especialmente aquí, entre nosotros, donde la *filosofía de la Música* se contempla aún en mantillas.

JOSÉ MARIA SBARBI

JUAN SANGRÍA

Desde pequeño fué muy negado.

Parecía á primera vista un niño muy listo, parlaba como una cotorra, no se acobardaba delante de la gente, decía una desvergüenza al lucero del alba; pero no le entraban las letras.

Comenzó á ir á la escuela con los demás niños de su edad, y en los dos primeros años no pudo aprender el Padrenuestro, ni supo conocer más letras que la *a*, á la cual llamaba el maestro la letra del burro.

En los años siguientes, á fuerza de machacar en él, fué aprendiendo algo, pero muy poco. Nunca jamás supo una lección ni medianamente sino á la tercera ó cuarta tentativa.

Había en la escuela bandas de Roma y de Cartago, y ya se sabía, la banda á que pertenecía Juan era la que perdía la semana.

Porque á última hora del sábado, por muy atrasada que estuviera la otra, empezaba el contrario de Juan á hacerle preguntas y cada pregunta le valía un punto.

Después, el domingo, iban á misa los niños de la escuela, formados en dos filas, cantando versos á la Virgen, como aquellos que empiezan:

¡Oh María!
Madre mía,
¡Oh consuelo del mortal!
Amparadme
Y guiadme
A la patria celestial.

Cada fila era constituída por una banda, y la que había ganado en la semana anterior llevaba en un cartel pintado un *víctor*, mientras la que había per-

EXPOSICIÓN DE CERÁMICA DE ROMA, 1889



PLATO DE MAYÓLICA EXPUESTO POR EL CAB. VICENTE FUNGHINI


PLATO CAFFAGGIOLO EXPUESTO POR EL SR. TORCUATO CASTELLANI



UNA PROFESIÓN RELIGIOSA, cuadro de A. Fellmann



ANTE EL JUEZ cuadro de **Otón Baditz.** (Exposición de Obras de Arte de todas las naciones. Munich, 1890.)

dido llevaba otro cartel con la estampa de un burro. Y como éste le había de llevar necesariamente el que había tenido la culpa de que fuera vencida la banda, siempre era el portador del burro Juan Sangría, ó Juan *el burro,* como le iba llamando ya la gente del pueblo.

Con estos auspicios y con esta fama llegó Juan Sangría, un lustro más tarde, al estudio de latín, donde fué el hazmerreir de sus compañeros, y donde en tres años seguidos no pudo pasar del *quis vel qui,* ó como se suele decir, del puente de los asnos.

Cuando el dómine le despidió, completamente desesperado de poder sacar nada de él, su padre le llevó al Instituto á ver si allí pasaba.

Pero en el Instituto sucedió lo mismo.

En dos años no pudo aprobar ni una asignatura siquiera.

– ¿Cuál es la capital de Grecia?, le preguntó el catedrático de Geografía en el examen.

Y Juan Sangría contestó:

– Ataulfo.

En el examen de Historia le preguntaron qué rey fué el que cayó prisionero en la batalla de Pavía, y dijo que Esopo.

En fin, que el padre de Juan se persuadió de que su hijo no servía más que para empleado, cuando mucho, y como no estaba en las mejores relaciones con el diputado del distrito, se decidió á llevar á Juan para su casa á que esperara allí mejores tiempos.

Pero Juan tenía un tío carnal, cirujano del antiguo régimen, que dió en llevarle de acompañante cuando iba á ver á algún enfermo, y hasta concibió la mala idea de dejarle por heredero del partido.

– Mira, le dijo un día al salir para una aldea cercana al pueblo que les servía de ordinaria residencia, vete fijando en estas cosas que, como ves, no son muy difíciles, y con que aprendas regularmente á sangrar y sacar una muela, yo te daré los formularios para que recetes tártaro emético ó tisana laxante, y con poco más puedes hacerte hombre.

Juan, que había envidiado muchas veces la buena vida que llevaba su tío, no echó la advertencia en saco roto.

Comenzó á pensar en la cosa, y á poco de pensarlo ya no cabía en sí de regocijo, figurándose que había de oirse llamar con el tiempo *el señor cirujano.*

¡Qué dirían entonces sus antiguos condiscípulos que tanto se reían de él, y el que más no había pasado de fiel de fechos!

Su mismo apellido *Sangría,* cuyo significado era la esencia de la cirugía, y aun de la medicina de entonces, constituía para Juan el más feliz augurio.

Tenía gran padrino y excelente maestro, que además de los libros, le dejaría en herencia un partido completo y un nombre no mal acreditado...

No cabía duda que llegaría á ser el rey del contorno.

Con estas esperanzas no perdía ocasión de acompañar á su tío á visitar, ni perdía palabra ni gesto ni movimiento que su tío hiciera ó dijera delante de un enfermo, proponiéndose en todo imitarle y copiarle.

Una tarde fueron á ver á un vecino que tenía una fiebre gástrica, y á quien habían dejado la tarde anterior muy aliviado, casi en convalecencia.

– Me alegro de que venga V., señor D. Lesmes, dijo la mujer del enfermo al tío de Juan.

– Pues qué, ¿hay alguna novedad?, la dijo el cirujano.

– Sí, señor; me parece que Francisco está peor que ayer tarde.

– ¿Pues qué ha habido?... ¡Si le he dejado tan bueno!...

Y diciendo esto entró el cirujano, acompañado de su sobrino, en la habitación del enfermo, y se puso á tomarle el pulso.

– ¡Es claro!, comenzó á decir con tono severo. ¡Está peor!... ¡Yo lo creo!... No hacéis caso maldito de las prescripciones facultativas... ¡Qué remedio tiene más que estar peor!... Te dije que continuara á dieta, añadió dirigiéndose á la mujer, que había entrado en la habitación detrás de ellos, y ha comido...

– No señor, no ha comido, balbuceó tímidamente la consorte.

– ¿Cómo que no ha comido? ¿Me lo vendrás tú á decir á mí, que lo estoy conociendo en el pulso?... Y hasta te puedo decir lo que ha comido... Este enfermo ha comido..., además del sopicaldo que te dije que le podías dar, ha comido gallina y hasta algunos garbanzos.

– Ocho ó diez nada más, señor D. Lesmes, dijo el enfermo con voz temblorosa, maravillado completamente de la ciencia de aquel hombre; y también es verdad que chupé una zanca de un pollo... Pero ¿quién había de pensar que tan poca cosa me había de hacer daño?...

– ¡Pues ya se ve!... ¡Quién había de pensar!..., replicaba entre burlón y enfadado el físico. Y todavía quería esta tonta venir á meterme á mí los dedos por los ojos... ¡Como si yo no conociera!...

– Es verdad, señor D. Lesmes, es verdad, replicaban á un tiempo marido y mujer. El que le haya de engañar á V...

– No, añadía D. Lesmes muy satisfecho; á mí no se me engaña. Y entre paréntesis, has tenido la fortuna, decía dirigiéndose al enfermo, de que me diera la idea de venir esta tarde. Que si no vengo, esta noche vas á cenar con Cristo... Mientras que habiendo venido, creo que no habrá caso. Pero cuidado para otra. A ver, un poco de papel y un tintero...

Y después de haber recetado un vomitivo, encargando que fueran en seguida á la botica y lo tomara pronto, salió de la casa con su acompañante, dejando al enfermo y á su mujer tan agradecidos como asombrados.

– Pero diga V., señor tío, le preguntó Juan á don Lesmes cuando iban ya los dos solos á la calle abajo, ¿cómo ha podido V. conocer en el pulso, no solamente que había comido el enfermo, sino hasta la clase de alimento que había tomado? *Cencia* es esa á la que yo no me creo capaz de llegar en mi vida.

– Ni yo tampoco, hombre, ni yo tampoco, le respondió D. Lesmes; ni es necesario.

– Pues eso valdrá, repuso el sobrino; porque si lo fuera, así llegaría yo á ser cirujano como V. papa.

– Bueno, hombre, bueno; te repito que no es necesario; pero atiende, y no seas bruto. Mira: al entrar yo en el cuarto de un enfermo me fijo en todo, y observo con cuidado hasta los menores detalles, especialmente hacia la cabecera de la cama. Esta tarde, apenas entré en el cuarto de este infeliz, comencé á observar como acostumbro, y en seguida vi á los pies de la silla en que me senté, junto á la cabecera del enfermo, dos medios garbanzos y la pelleja de otro; tendí la vista hacia el rincón de enfrente y vi dos huesos de pata de gallina. La cosa era indudable. ¿Para qué nos ha dado Dios el discurso?... Claro es que aquellos eran despojos de la comida del enfermo. ¿Qué otra persona, si no, había de haber ido á comer allí? Fundado en este raciocinio hice la acusación, y ya ves qué pronto lo confesaron todo... ¡Cualquiera convence ahora á esos desdichados de que yo no soy un pozo de ciencia!

– Está bien, señor tío, está bien, replicó muy satisfecho Juan. La verdad es que á mí no se me hubiera ocurrido nunca; pero ahora que V. me lo dice, no se me ha de olvidar la treta.

. . . .

Como todo llega en el mundo, á la vuelta de media docena de años estaba ya D. Lesmes, después de haber dado cuenta á Dios, comiendo tierra en el santo malvar, y su sobrino visitando enfermos.

Por cierto que la cuenta de D. Lesmes no debía de haber sido del todo llana, puesto que unas horas antes de morir se le oía decir, en el delirio, muy apurado y como quien contesta á una acusación:

– No, ese no le maté yo; le mató el mancebo de la botica, que no entendió la cifra y en lugar de medio grano de opio, puso media onza... No, ese tampoco le maté... ¡Si no le receté más que flor de malvas!...

Y así por este estilo.

Pero Juan Sangría, que no pensaba por entonces en dar cuentas, sino en cobrarlas, no se acobardó por estas cosas, y en cuanto su tío espurrió la pata, se presentó á los avenidos que tenía, solicitando rehacer las escrituras á su favor, y dale de aquí, dale de allá, á medio duro anual cada vecino, logró encabezar seis ó siete lugares que le habían de producir tres mil reales largos, cantidad bastante mayor que la que él soñó ganar en toda su vida.

Usaba el libro de recetas que tenía su tío, y aunque no le entendía del todo bien, cuando se encontraba con una palabra latina que no podía traducir ni apenas copiar, la sustituía con la castellana que le parecía más semejante, resultando de este modo unas ensaladas de castellano y de latín que hacían á los boticarios morirse de risa.

A veces despachaban éstos lo que buenamente creían que el sangrador había querido pedir; á veces determinaban llamarle para averiguarlo, y á veces, después de averiguado, despachaban solamente agua clara, para evitar un envenenamiento.

Con todo lo cual, bien se comprende que otro que no hubiera sido Juan Sangría, hubiera pasado gravísimos apuros.

Mas también se comprende que Juan no se apuraría demasiado; porque si en él la ciencia era poca, la vergüenza era menos.

Lo cierto es que así, con su completa falta de aprensión, y con las cosas que había oído y había visto hacer á su tío, las cuales procuraba guardar en la memoria para aplicarlas cuando caía ó cuando á él le parecía que caía, aunque no cayera, iba tirando, y cobrando, que era lo principal de su intento.

Pero el refrán lo dice: «no hace tantas la zorra, como paga en una hora,» y eso que hace muchas. Y tampoco el sangrador había hecho tantas como pagó en la hora verdaderamente aciaga en que le sucedió lo que voy á referir para finalizar la historia.

Un día fué avisado Juan muy de mañana para ver á un enfermo.

Era éste ya bastante anciano, y estaba atacado de pulmonía; pero Juan, que no supo apreciar otro síntoma que el de la tos, creyó que se trataba de un simple constipado, y quiso curársele como él se solía curar los suyos.

Le mandó que se estuviera en la cama, que no comiera y que tomara cazuelas de vino hervido con azúcar, con lo cual la calentura del enfermo fué creciendo hasta lo indecible.

Por la tarde al obscurecer volvieron á llamar á Juan Sangría, diciéndole que el enfermo estaba mucho peor, que se estaba ahogando.

– Cuando estos bárbaros se apuran así, decía Juan para su anguarina, el pobre hombre debe de estar, efectivamente, muy grave.

Y echó á andar inmediatamente para casa del enfermo, discurriendo á ver á quién echaría la culpa del desastre.

Tenía el enfermo tres hijos, robustos mocetones y algo brutos, uno de los cuales había ido esta segunda vez á llamar á Juan, y entró con él en el cuarto donde estaba acostado el paciente, ya moribundo.

Juan Sangría recordó entonces uno de los recursos de su tío que más le habían llamado la atención, y comenzó á observar los alrededores de la cama.

No vió más que unas pajas por el suelo, caídas sin duda del jergón cuando le habían querido mullir un poco para que el enfermo estuviera más descansado, y después de un breve rato de tener cogida la muñeca del enfermo, como si le tomara el pulso, exclamó con insolente gravedad:

– ¡Es claro! Está peor, mucho peor; pero no tiene nada de extraño que lo esté, porque como no hacen ustedes caso de las prescripciones facultativas... Les dije á Vds. que estuviera á dieta y ha comido.

– No, señor; perdone V., D. Juan, pero no ha comido, le contestó el mozo que le acompañaba; no ha hecho más que tomar las tres cazuelas de vino con azúcar que V. le mandó esta mañana.

– Sí, señor, insistió Juan cada vez más serio; este enfermo ha comido. ¡Vaya! ¡Me lo vendrán Vds. á negar á mí, que se lo estoy conociendo en el pulso!

– Pues no ha comido.

– Pues sí ha comido. Y hasta les puedo decir á ustedes lo que ha comido... Este enfermo ha comido paja...

– Señor D. Juan, le contestó el mozo formalizándose mucho; me parece que no es ocasión de andar en bromas. Considere V. que se está muriendo mi padre, y vea si le puede aliviar; lo demás...

– No ando en bromas, zoquete, no ando en bromas, le interrumpió Juan levantando cada vez más la voz, y dispuesto á sostener su afirmación á todo trance. ¿Qué sabes tú de esto? Ha comido y sé lo que ha comido... Sí, señor... Lo he conocido en el pulso... A más de que ¿no tengo yo ojos?... ¿Crees que no he visto en cuanto entré las pajas caídas por el suelo? Este enfermo ha comido paja...

– Paja la habrá comido V., so animal, ó si no la ha comido, merecía comerla, dijo el mozo ya fuera de sí, soltando á Juan Sangría tan fuerte bofetada, que le hizo rodar por el suelo.

A los gritos acudieron los dos hermanos del agresor, y enterados brevemente del caso por esta exclamación del primero: «¡Pues no dice el grandísimo bestia que padre ha comido paja!...,» tomaron cartas en el asunto, y entre los tres llevaron á Juan Sangría á estacazos y á puntapiés hasta la puerta de la calle, administrándole tan formal paliza, que á duras penas salvó la pelleja.

No le quedó ganas de volver á visitar enfermos.

Y todavía tiempo andando, cuando iba al monte á hacer carbón, que fué el oficio que tomó después, le hacían burla los otros carboneros voceándole desde un cerro á otro:

– ¡Juan! Ese enfermo ha comido paja.

Y contestaba el pobre Juan, escociéndose todavía de los golpes:

– Lo que comí fué leña...

Antonio de Valbuena

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL ACUEDUCTO DE SERINO Y LA DISTRIBUCIÓN DE LAS AGUAS DE NÁPOLES

Entre las grandes obras públicas que nos han dejado los romanos, las más numerosas y las más imponentes son indudablemente las que tienen por objeto la conducción de aguas potables. Sabido es que el famoso puente del Gard estaba destinado á surtir de aguas á la ciudad de Nimes, y que los acueductos de la Roma de los Césares proveen aun hoy en día abundantemente á las necesidades de la capital de Italia.

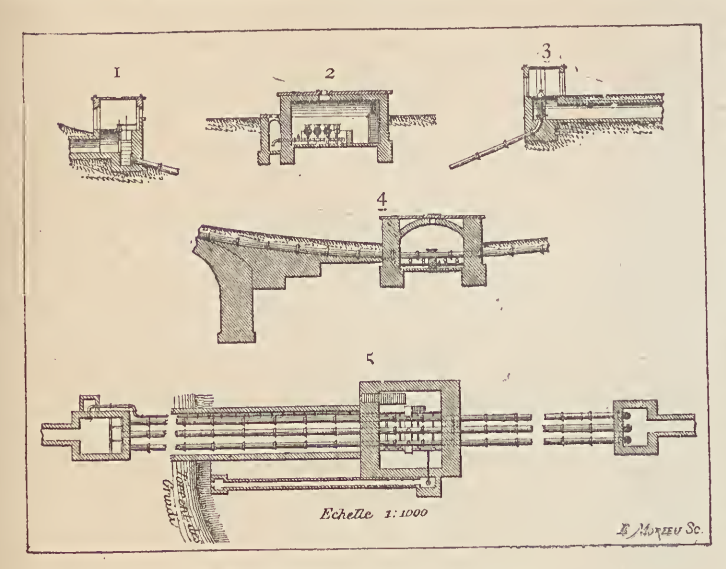


Fig. 1. Detalles del sifón de los Gruidi
Secciones: 1, de la cámara de toma de agua; 2, de la de carga y descarga; 3, de la de llegada; 4, del sifón; 5, Plano del sifón.

Una empresa acaba de dotar á la ciudad de Nápoles de una distribución de agua proporcionada á su población (500.000 habitantes), y da ocasión para hacer un estudio comparativo entre los recursos empleados por los ingenieros de la antigüedad y nuestros modernos ingenieros; las fuentes de Serino que el emperador Claudio destinó á la alimentación de Nápoles y de las ciudades florecientes que en aquella época existían en las costas del golfo de ese nombre, son precisamente las mismas que una sociedad francesa, la *Compañía general de aguas para el extranjero*, ha utilizado, bien que limitando su distribución á la ciudad de Nápoles únicamente.

Nacen esas fuentes en el alto valle del Sabato, y son casi las únicas que, capaces de dar un caudal suficiente, se encuentran en la masa montañosa, á cuya falda se alza la ciudad nombrada: en efecto, la naturaleza de los terrenos eminentemente permeables de casi toda esta comarca, trae como consecuencia inmediata la pérdida de las aguas superficiales, razón por la cual los romanos habían tenido que ir á buscar las fuentes de Serino para llevarlas á Nápoles por medio de un acueducto de 80 kilómetros de longitud y de libre corriente, pues la falta de tubos á propósito les impedía emplear las cañerías forzadas y les obligaba á salvar por medio de puentes colosales los valles que hoy se atraviesan con sifones metálicos invertidos.

El acueducto de Serino representa desde este último punto de vista la más grandiosa y atrevida instalación de cuantas hasta el presente se han intentado. Debemos, sin embargo, consignar que sólo ha podido aplicarse gracias á la grande altura del salto de agua de que se disponía, pues la aducción de las aguas por medio de sifones invertidos produce una pérdida importante de carga.

Antes de describir esta parte capital del acueducto de Serino hemos de consignar que un primer proyecto, debido al ingeniero italiano F. Abate, no fué aprobado por el Municipio de Nápoles á causa de lo incierta que se presentaba la reparación del acueducto romano, que era indispensable para la realización del mismo, y se prefirió que las obras sortearan el macizo montañoso de Avella, descendiendo primero el valle del Sabato y franqueando la cordillera de Monte Vergine, que separa á éste del valle que se extiende entre los montes de Avella y el monte Taburno. El acueducto libre sigue luego hasta la cumbre de la colina de Cancello, á partir del cual tres sifones metálicos ajustándose al perfil de la llanura de Nápoles desembocan en los depósitos de distribución. Este trazado era el más racional, porque el perfil relativamente poco accidentado del terreno, permitía disminuir la longitud de los túneles, sin aumentar notablemente el desarrollo total de la obra.

Los manantiales Urcinoli, que proporcionan un caudal de 17.000 metros cúbicos de agua al día, están situados á 330 metros sobre el nivel del mar; su limpidez es perfecta y su temperatura, casi constante, no pasa de 12 grados durante el verano. Estas aguas son recogidas en tres galerías de mampostería subterráneas y rodeadas de un drenaje de grandes guijarros, en el que penetran aquéllas por las barbacanas que de trecho en trecho hay practicadas en los muros verticales. Las galerías se reunen en una cámara central de tres pisos sobrepuestos: el más alto, situado al nivel del suelo, contiene los aparatos de las maniobras de las compuertas colocadas al extremo de cada galería, y los otros dos son subterráneos. La cámara intermedia recibe las aguas del colector y comunica con un canal de descarga; á la cámara baja va á parar la boca del acueducto de libre desagüe, el cual tiene una longitud total de 59.551'75 metros, desde los manantiales hasta la colina de Cancello, distribuídos del siguiente modo: zanja, 39.986'55; dos sifones, 1.114; puentes, 1.706'95; túneles, 16.744'25.

Fig. 2. Primer puente-acueducto de Atripalda

En las partes de zanjas el acueducto está cubierto de una capa de tierra de un metro por lo menos de espesor, para que el agua se mantenga fresca. El perfil más frecuentemente empleado es aquel en que el zampeado tiene la forma de un arco de círculo invertido, unido á dos muros verticales, sobre los que descansa una bóveda de medio punto; la altura desde la clave es de 2 metros y la anchura entre los muros verticales de 1'60. El canal, construído con piedras calizas ó con toba, está interiormente revestido de una capa de cemento de Grenoble de 15 milímetros de espesor para facilitar el curso del agua, disminuyendo el roce y evitando las pérdidas y las filtraciones. La sección transversal es de 2'80 metros, y con una pendiente de 50 centímetros por kilómetro puede dar un volumen de agua mayor que el prescrito en la concesión (2 metros cúbicos por segundo).

El acueducto cruza por medio de puentes todos los valles, excepción hecha de los Tronti y de los Gruidi que no ofreciendo bastante estabilidad para las obras de fábrica, han sido atravesados por medio de dos sifones invertidos; uno de 588 metros de longitud, compuesto de 4 tubos, y otro de 526 metros con tres filas de tubos. Este último es el que representan en su conjunto la fig. 3 y en sus detalles la fig. 1.

Los tubos han sido colocados en zanja siguiendo la inclinación del terreno, y para que no se deslicen van sostenidos por cadenas transversales de albañilería. En el fondo del barranco corre un torrente, sobre el cual se ha construído un puente de mampostería para sentar el sifón. Las cañerías arrancan de una cámara de dos pisos, situada en la parte alta de la obra; en el piso bajo desembocan las aguas del canal libre que luego entran en los tubos; en el superior hay los aparatos para maniobrar las compuertas que permiten hacer independientes entre sí las cañerías. En el otro extremo del sifón las cañerías van á parar á una cámara de llegada análoga á la de partida.

Los sifones se cargan por la parte inferior y el agua se toma de las cámaras de arriba por medio de una cañería de 0'150 metros, que se ajusta á cada una de las filas de tubos en el puente que hay al fondo del barranco; de este modo el agua se eleva regularmente en las dos ramas á la vez, y el aire se escapa sin sacudidas por el extremo superior de cada rama hasta que el sifón está lleno. Las llaves de descarga están también colocadas en el punto más bajo de la misma cámara que las de carga.

El número de puentes acueductos es de 20, de los que los más importantes son los de Atripalda, el primero de los cuales (fig. 2) atraviesa la carretera provincial de Melfi, tiene 303 metros de longitud y consta de 18 arcos. Más lejos, en los valles de Río-Vergine y de Río-Noci, se encuentran otros, uno de 354 metros con 20 arcos y otro de 493 con 31.

La perforación de túneles ha sido en extremo difícil, especialmente la del de Ciardelli (de 3.240 metros de longitud), y de algunos otros de la misma región, en donde se ha encontrado una arcilla húmeda que producía enormes empujes y dejaba además escapar gases explosivos que constituían un peligro constante para los obreros y empleados de la compañía.

En el canal destinado á alimentar las fábricas se han establecido tres saltos de agua, de 5, 36 y 37'43 metros de altura, emplazados respectivamente más arriba del gran puente acueducto de Atripalda, cerca de Arpaja y en el extremo del canal sobre la vertiente de la colina de Cancello.

Los saltos se diferencian del perfil normal en que el zampeado está dispuesto en peldaños y en que en el punto de arranque de cada uno de ellos se ha construído una cámara, en el fondo de la cual se ha dejado el agua necesaria para el funcionamiento de las cañerías de fundición que llevarán el agua á los motores de las fábricas. Al pie del salto hay una segunda cámara, adonde aquellas cañerías conducirán el agua después que haya sido utilizada como fuerza motriz.

Los aparatos de maniobra del acueducto libre están colocados en 14 cámaras, distribuídas á lo largo de la línea, que contienen

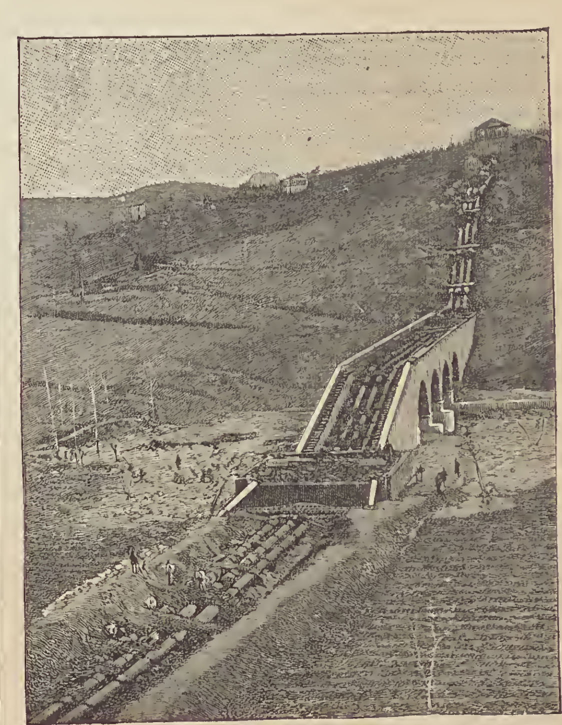


Fig. 3. Sifón de los Gruidi. Vista general

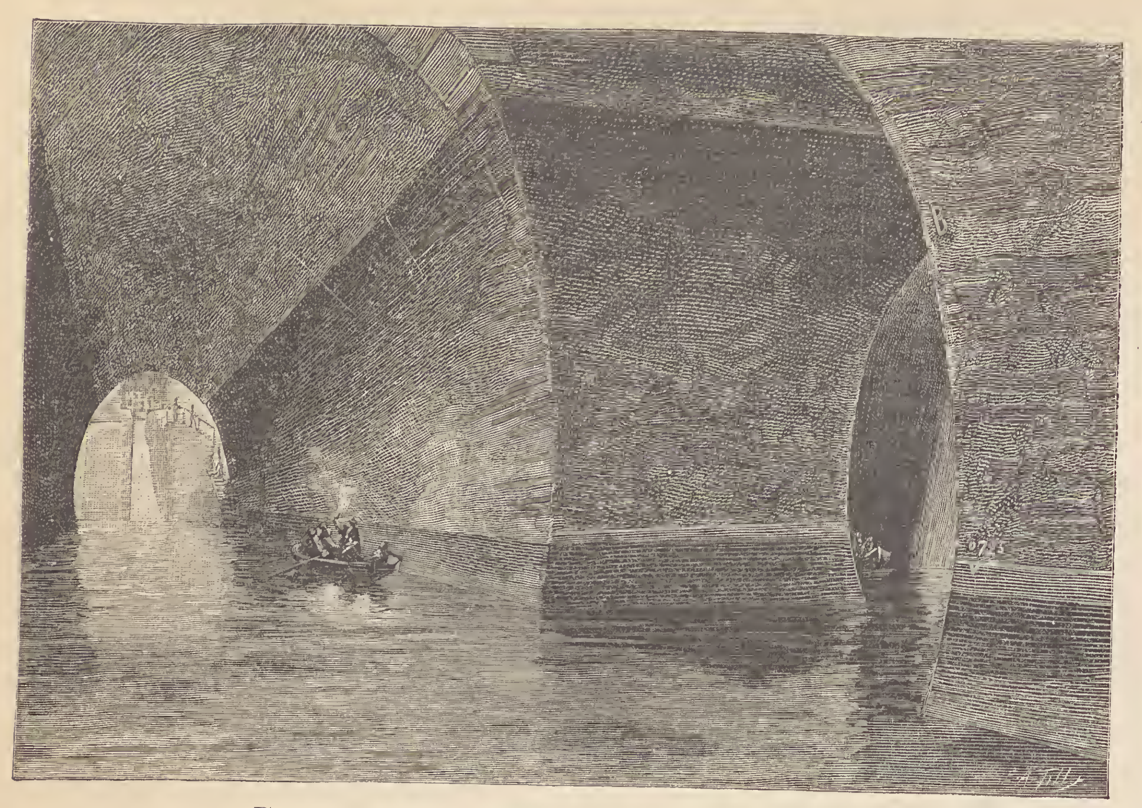


Fig. 4. Una de las cinco galerías de Capodimonte, cerca de Nápoles

las compuertas de cierre y de descarga; estas últimas permiten vaciar el acueducto por trechos de 5 kilómetros. De 200 en 200 metros hay construídos atarbes.

Henos ya llegados al extremo del acueducto libre, es decir, al punto desde donde la colina de Cancello domina la llanura de Nápoles, y á partir del cual se extienden las tres grandes cañerías forzadas ó sifones invertidos.

Veamos ahora la disposición de la parte de las obras que funcionan por presión, ó sea de los sifones que unen la colina con la ciudad.

El acueducto de libre corriente proporciona un caudal de aguas de 2 metros cúbicos por segundo, ó sea de 172 800 por día. Ahora bien: Nápoles cuenta 500.000 habitantes y el contrato de concesión impone la conducción á los depósitos de 200 litros por habitante, lo que equivale á un total de 100.000 metros. Este es el volumen que han de dar los sifones, de modo que quedan en la colina de Cancello 72.000 metros cúbicos disponibles, sea para aumentar la distribución, sea para la fuerza motriz.

Uno de los sifones lleva el agua al depósito superior, á 183 metros de altura sobre el nivel del mar, tiene un diámetro de 0'70 metros y arranca de la colina de Cancello á la cota de 207'77 metros; mana á razón de 232 litros por segundo, su longitud es de 22 700 metros y la pérdida de carga por esta longitud y aquel caudal es de 24'77 metros.

Los otros dos sifones alimentan el depósito inferior; su diámetro interior es de 0'80 metros y su caudal total de 928 litros por segundo; la altura del punto de partida es de 135'36 metros, la del de llegada al depósito de 93'60; su longitud de 18.727 metros y la pérdida de carga de 42'05.

En su parte inferior el sifón de 0'700 metros sufre una presión de 186 metros y los dos sifones de 0'800 de 113.

El agua entra en los sifones por las cámaras de partida situadas en la colina, la más elevada de las cuales constituye el punto de partida del sifón del servicio de las mayores alturas, y está dividida en tres compartimentos: el de la izquierda recibe las aguas procedentes del acueducto principal; el del centro da paso á las que no entran en el sifón de 0'70 metros y que prosiguen su camino hacia la cámara inferior, y el de la derecha sirve para la toma del referido sifón.

La cámara inferior, de la que parten dos sifones de 0'80 metros, está igualmente dividida en tres compartimentos: uno para recibir las aguas de la cámara superior, otro para la toma de esos dos sifones, y el último para el sobrante de agua que los sifones no pueden recibir ó para la descarga de las que fluyen por el acueducto, si no se las quiere introducir en aquéllos.

Entre el extremo del acueducto libre y la primera cámara de partida de la cañería de 0'70 metros, lo propio que entre esta cámara y la segunda que sirve de punto de partida de los sifones de 0'80, el canal forma pendiente según la inclinación de la colina, y su zampeado está dispuesto en peldaños. Las tres cañerías forzadas van á parar á unas cámaras de llegada análogas á las de los sifones de los Gruidi y de los Tronti, después de haber seguido el nivel de la llanura de Acerra y atravesado por medio de galerías subterráneas las líneas de ferrocarril que por ella cruzan y por medio de puentes los canales ó barrancos que por ella corren. La carga de estas cañerías se efectúa por la parte baja en las mismas condiciones que la del sifón de los Gruidi. Varios desagües permiten vaciar los tubos para hacer las reparaciones necesarias, pero el agua no puede ser desalojada de aquéllos sino desviándola desde la parte alta, porque habría sido peligroso, tratándose de cañerías de tan grandes diámetros y sometidas á tan fuertes presiones, emplear llaves de cierre colocadas en el curso de las mismas.

Los sifones de 0'80 metros terminan en el linde derecho de la cañada de Miano y desembocan en un canal libre de mampostería que conduce las aguas al depósito de Capodimonte. El sifón de 0'70 tiene un recorrido algo más largo para llegar al depósito de Scudillo, destinado al servicio de las mayores alturas. Los dos depósitos ofrecen la particularidad de que en vez de estar construídos de mampostería han sido abiertos en la mole de toba, que constituye la mayor parte del subsuelo de Nápoles; como dicha mole es muy compacta teníase la seguridad de obtener una completa solidez, y al propio tiempo cierta sencillez de construcción, además de la apreciable ventaja de poner el agua al abrigo de las influencias exteriores de la temperatura.

El depósito de Scudillo se compone de tres grandes galerías, abiertas en la dirección de Este á Oeste á una profundidad media de 30 metros y revestidas de una capa de cemento de Grenoble. El perfil transversal de las mismas tiene la forma de óvalo más estrecho hacia el vértice y terminado en la base por un zampeado ligeramente deprimido en el centro. El nivel del agua cuando el depósito está lleno es de 183 metros sobre el nivel del mar; las galerías tienen 9'50 de altura máxima y 10 metros de ancho, y la altura del agua es de 6 metros. Las tres galerías, independientes y separadas por una mole de rocas de 10 metros de espesor, tienen una longitud de 114 metros cada una, y se ventilan por medio de pozos verticales. Las maniobras se ejecutan por medio de dos galerías superpuestas, una al nivel de la bóveda para la entrada del agua, otra al nivel del zampeado para el desagüe.

El sifón de 0'70 por donde el agua llega desemboca en la cuneta del zampeado de la galería superior y el caudal sobrante que no puede entrar en el depósito baja al canal de desagüe. Las cañerías de salida son tres y pueden ser alimentadas por los tres compartimentos á la vez ó por uno solo ó por el tubo de llegada, según se abran ó cierren una ó varias compuertas. El desagüe se verifica por un tubo situado en el fondo de cada galería del lado de la entrada, que va á parar á un canal abierto á lo largo de la galería de servicio inferior, que también recibe el sobrante de las aguas conducidas por el sifón de llegada. Este canal, que fuera del depósito es abierto, desagua en la cañada de Fontanelle.

El segundo depósito, situado en la colina de Capodimonte, está destinado á los servicios de baja y media elevación, tiene una capacidad de 80.000 metros cúbicos y consta de cinco galerías paralelas, abiertas á una profundidad de 50 metros (fig. 4). El perfil transversal de estas galerías es análogo al del depósito de Scudillo: tienen una altura de 10'80 metros y una anchura de 9'25 con pilares de igual espesor. Las galerías extremas comunican entre sí por medio de brazos transversales; la central está aislada, lo cual permite reunir los depósitos ó formar tres independientes. Las paredes están cubiertas de una capa de cemento de Grenoble hasta 0'50 metros sobre el nivel del agua. La ventilación se obtiene por medio de siete pozos verticales que van á parar al exterior.

Los aparatos para las maniobras están dispuestos de una manera análoga, en principio, á los del depósito de Scudillo, pero el número de galerías es de tres: una para la entrada del agua, otra para la salida y la tercera para el desagüe.

La distribución de las aguas se reparte en dos zonas distintas, y asegura un caudal de agua de 200 litros diarios por habitante.

Los trabajos de esta obra, comenzados en 1882 simultáneamente en varios puntos, quedaron terminados en diciembre de 1884, siendo inaugurada la explotación por el rey de Italia en 10 de mayo de 1885.

Esta grandiosa empresa, combinada con la creación de una nueva red de cloacas, ha permitido sanear la ciudad de Nápoles, respondiendo á las exigencias de la higiene municipal y á todas las necesidades domésticas.

En cuanto á lo atrevido de la construcción y á la habilidad de ejecución, el acueducto de Serino puede sostener con ventaja la comparación con las más famosas obras de los romanos.

Estos trabajos honran á M. Marchant, director de la *Compañía general de aguas para el extranjero*, y á M. Schnœbele, uno de sus ingenieros que han concebido el proyecto y el encargado de ejecutarlo.

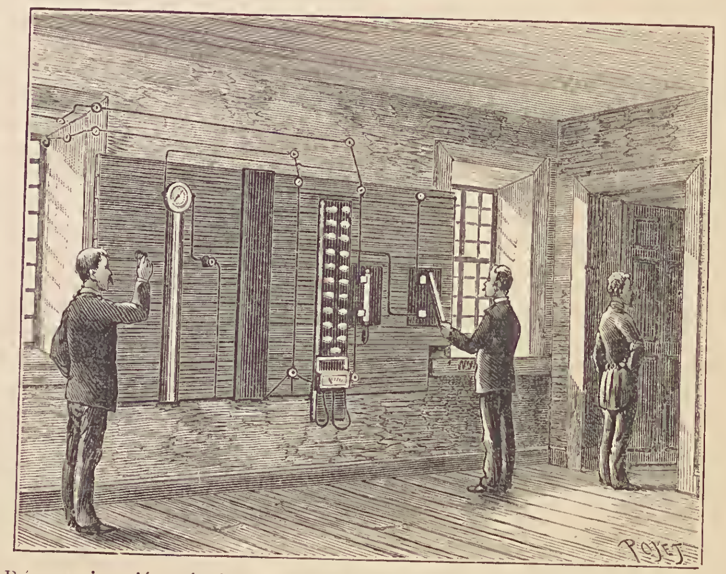
(De *La Nature*)

***

PRIMERA EJECUCIÓN ELÉCTRICA

Cuadro de órdenes que ha servido para la misma

En el número 456 de esta Iustración hemos descrito minuciosamente los aparatos que se emplearon en la primera ejecución llevada á cabo en los Estados Unidos por medio de la electricidad. Allí encontrarán nuestros lectores la descripción detallada del cuadro de órdenes que hoy reproducimos, y que con los grabados entonces publicados permite formarse una idea completa de ese nuevo sistema de aplicación de la pena de muerte, cuyos resultados, á decir verdad, no han correspondido á las esperanzas que en él se habían cifrado, puesto que en vez de abreviar ha prolongado horriblemente las torturas del infeliz condenado á la pena capital en quien se hizo el primer ensayo.



Primera ejecución eléctrica. – Cuadro de órdenes que ha servido para la misma



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

Llegan al boulevard Pigalle. El sol se ha puesto, el cielo límpido y sereno se tiñe de azul turquesa y el áspero viento de la noche desgaja de los árboles medio secos las últimas hojas del otoño parisiense, hojas secas carcomidas de polvo.

Amadeo enmudece. Su ansiosa mirada solicita y espera la respuesta de Luisa.

– Querido Amadeo, – le dice entonces Luisa mirándole con sus ojos llenos de franqueza y de bondad, – tienes un corazón bueno y generoso como ninguno... Sospechaba que amabas á María y quisiera poderte contestar inmediatamente que ella te corresponde, y que de hoy en adelante tú y nosotros formaremos una sola familia... Pero sinceramente no puedo hacerlo... Aunque esa querida niña es algo frívola, su instinto de mujer ha debido adivinar tus sentimientos, y no obstante nunca nos ha hablado de ellos ni á mamá ni á mí... Tranquilízate: en esto no veo un mal presagio: es tan joven é inocente que bien pudiera amarte sin darse cuenta de ello, es posible que tu declaración la entere del estado de su corazón, y estoy segura de que se conmoverá por el amor y por el afecto que profesas hacia nuestra familia. Deseo con toda el alma, querido Amadeo, que se realicen tus esperanzas... porque, á ti ya puedo decírtelo, es necesario que inmediatamente nuestra querida María goce de un poco de ventura, pues me traen inquieta desde hace algún tiempo sus horas de profunda tristeza y sus crisis de llanto. Tú mismo habrás notado que la devora el fastidio, y no cabe duda de que sufre más que mamá y que yo con la dura existencia que llevamos; lo cual se explica perfectamente. Sentirse, como ella, bonita, seductora, nacida para la felicidad, y ver el presente y el porvenir tan sombríos, es cosa que causa pena. Comprenderás, pues, amigo mío, cuánto deseo que se efectúe vuestra unión. Eres bueno y amable y estoy segura de que harás muy dichosa á nuestra María... Pero tú lo has dicho, yo represento en la casa la prudencia. Concédeme algunos días para observar á María, para arrancarle sus confidencias, y si alguna tiene que hacerme, para despertar quizás en ella un sentimiento ignorado, y está persuadido de que tienes en mí la aliada más segura y más fiel.

– Tómate el tiempo que necesites, querida Luisa, – contesta el poeta. – Confío en ti. Todo cuanto hagas estará bien hecho.

Le da las gracias, y cuando se separa de ella al fin de la calle Lepic, la pobre desdeñada siente una amarga dulzura al abandonar al joven sus manos deformes de pianista, cubiertas de guantes reteñidos y demasiado grandes, y al sentir que Amadeo las estrecha con efusión, impulsado por la esperanza y la gratitud.

Luisa quiere y debe hacer este matrimonio, y así se lo dice y repite al subir la escarpada calle, en donde se agita entre las sombras del crepúsculo el tumulto popular propio de aquella hora en que los obreros abandonan sus trabajos. No, no, María no piensa en Amadeo: está bien segura de ello; pero es necesario que á toda costa aparte á su joven hermana de los desalientos y malos consejos de la miseria. Amadeo ama á María y sabrá hacerse amar: es preciso unir á los dos jóvenes y asegurar su felicidad. Tocante á ella, ¡qué importa! Si tienen hijos ella acepta de antemano sus funciones de tía mimosa y vieja madrina, con tal de que María se deje aconsejar y consienta. Esta, como linda que es, es también algo vanidosa y tal vez alimenta alguna loca esperanza, basada en sus veinte años y en su belleza. Todo esto preocupa mucho á Luisa. La pobre joven, cubiertas las delgadas y encorbadas espaldas con su pañuelo negro, olvidando sus propios disgustos y sólo pensando en el bien dc los que ama, gana trabajosamente la altura de Montmartre; pero al llegar á la salchichería próxima á la alcaldía, se acuerda de un encargo de su madre; y como en la existencia de los pobres siempre se mezcla al drama de la vida algún trivial detalle, Luisa, sin distraerse de sus pensamientos, que significan el sacrificio de su corazón, compra dos chuletas empanadas para la cena y hace que se las envuelvan en un papel.

Al día siguiente de su conversación con la buena Luisa, Amadeo experimentó la impaciencia casi dolorosa que sufren las personas nerviosas cuando esperan algo que les interesa. Las horas de oficina pareciéronle interminables; y á las cinco, para evitar la soledad, fué á casa de Mauricio, á quien hacía quince días que no veía, y le encontró solo en su estudio.

El joven artista tenía un aspecto preocupado, y mientras Amadeo alababa un boceto colocado sobre un caballete, Mauricio, con los ojos bajos y las manos metidas en los bolsillos de su chaquetón encarnado, paseaba de uno á otro lado de la pieza sin contestar á las alabanzas de su amigo.

De repente se paró, y mirando á Amadeo le preguntó:

– ¿No has visto estos días á las señoras Gerard?

Desde hacía algunos meses Mauricio no le hablaba de aquellas señoras, así es que, algo sorprendido, contestó:

– Sí, ayer mismo encontré á la señorita Luisa.

– Y... – repuso Mauricio titubeando, – ¿está buena toda la familia?

– Sí, todos.

– ¡Ah!, – exclamó el artista con acento particular, y continuó su interrumpido paseo.

Amadeo experimentaba una emoción desagradable siempre que oía el nombre de las señoras Gerard en boca de Mauricio; pero esta vez, el semblante equívoco y el tono singular con que el joven pintor le preguntaba por ellas produjeron en el poeta un verdadero malestar. Sobre todo le impresionó la exclamación de Mauricio, aquel «¡ah!» que parecía tener algo de enigmático. Pero después de todo, su recelo no tenía fundamento y las preguntas de su amigo eran naturales.

– Pasaremos la noche juntos, querido Mauricio.

– Hoy, imposible, – respondió éste, siempre preocupado, y haciendo resonar bajo sus pies el piso de madera del estudio. – Tengo una cita, voy á una reunión.

Amadeo comprendió que había venido con poca oportunidad y se despidió discretamente. Pero el apretón de mano de Mauricio parecióle más flojo, menos cordial que de costumbre.

– ¿Qué tendrá?, – se preguntó varias veces el poeta, mientras comía en un restaurant del barrio latino. Después fué al Teatro Francés para matar el tiempo y además para pedir noticias de su drama á Jocquelet, que aquella noche representaba el *Legatario universal*.

El cómico, ataviado con el calzón negro y las botas de Crispín, le recibió en su cuarto. Estaba sentado en mangas de camisa, despechugado delante de su mesa, y acababa de pegarse debajo de la nariz los bigotes de gato enfurecido del personaje tradicional. Sin levantarse ni dar las buenas noches, dijo al poeta, á quien vió en el espejo:

– Nada nuevo de tu obra. El administrador está muy atareado. Estamos ocupados con la reproducción del *Compadrazgo*, pero le echaremos fuera dentro de un par de días... y entonces...

En seguida, hablar por hablar, sólo por ejercitar su formidable órgano vocal, vomita con estrépito de esclusa abierta un torrente de cosas vulgares. Alaba la obra de Scribe, que van á volver á poner en escena; declara que el famoso Guillery, su antecesor, estaría execrable en ella y haría una plancha. Y... ¡ah, hijos míos!, Jocquelet se lamenta de estar abrumado de las persecuciones de una gran señora: ya se sabe, la del palco número 6, y señala con un ademán lleno de fatuidad una carta arrojada entre los botes de pomada. Después, elevándose á consideraciones de más alto orden, condena la política de las Tullerías y abomina de la corrupción imperial, reconociendo que «ese pobre Badingue» (que tres días antes en Compiegne había felicitado al actor) valía más que cuantos le rodeaban.

El poeta se fué á acostar aturdido por esta charla.

Cuando se despertó al día siguiente se redobló la angustia que experimentaba pensando en María. ¿Cuándo volvería á ver á Luisa? ¿Le traería una respuesta fovorable? A pesar de la hermosura de aquella admirable mañana de otoño, Amadeo tenía nublado el corazón y se sentía desfallecido.

Nunca le pareció más nauseabunda su tarea oficinesca. Su compañero de negociado, cazador de afición, que había obtenido una licencia de dos días, le hizo escuchar, quieras que no, una porción de insípidas historias de perdices sacrificadas y de perros que paraban las piezas maravillosamente; por supuesto, todo acompañado de los correspondientes «¡pim! ¡pom!» para imitar la detonación de las carambolas.

Sin embargo, á la salida del ministerio, Amadeo se serenó un tanto. Volvió despacio á la Isla de San Luis, siguiendo los muelles, mirando los objetos expuestos en los tenduchos, gozando de la dulzura de aquella hermosa tarde y fijando sus miradas en el dorado cielo que se destacaba sobre la flecha de la Santa Capilla y de las torres de Nuestra Señora, para seguir el vuelo de las golondrinas, que se reunían para su próxima partida.

Ya de noche, comió en su barrio, y resolvió, para engañar su impaciencia, trabajar toda la noche en corregir una escena de su drama, que no le satisfacía por completo. Subió á su cuarto, encendió la lámpara y se sentó delante su manuscrito. ¡Ea! ¡Al trabajo! Desde el día anterior había estado preocupado absurdamente. ¿Por qué imaginarse que le amenazaba alguna desgracia? ¿Existen acaso los presentimientos?

De pronto sonaron en la puerta tres golpes ligeros, pero precipitados, bruscos, siniestros.

Amadeo se puso en pie, tomó su lámpara, fué á abrir y retrocedió dos pasos delante de Luisa Gerard.

– ¿Tú, en mi casa?... A esta hora... ¿Qué sucede, pues?

La joven entró, dejóse caer en el sillón del poeta, que, al volver á colocar la lámpara en la mesa, notó que Luisa estaba pálida como un cirio, y asiendo fuertemente las dos manos de su amigo, le dijo con voz enronquecida por la desesperación:

– Amadeo, he acudido á ti por instinto, como á nuestro único amigo, como á nuestro hermano, como al solo hombre que podrá tal vez ayudarnos á reparar la espantosa desgracia que nos abruma...

Y al llegar aquí faltóle aliento para continuar.

– ¡Una desgracia!, – exclamó el joven. – ¿Qué desgracia?... ¿María?...

– ¡Sí, María!

– ¿Un accidente?... ¿Una enfermedad?

Luisa hizo un ademán violento con el brazo y con la cabeza, que significaba: «¡Si no fuera más que eso!» Y después, con los ojos fijos y extraviados, contraída la boca por un gesto de amargura, hablando bajo, con palabras entrecortadas:

– El señor Mauricio Roger, – dijo, – ¡sí... tu amigo Mauricio!... ¡un miserable!... ha engañado... seducido á la desdichada niña!... ¡Oh! ¡Una infamia!... Y ahora... ahora...

Su rostro hasta entonces pálido se encendió de repente.

– Ahora... ¡María está embarazada!

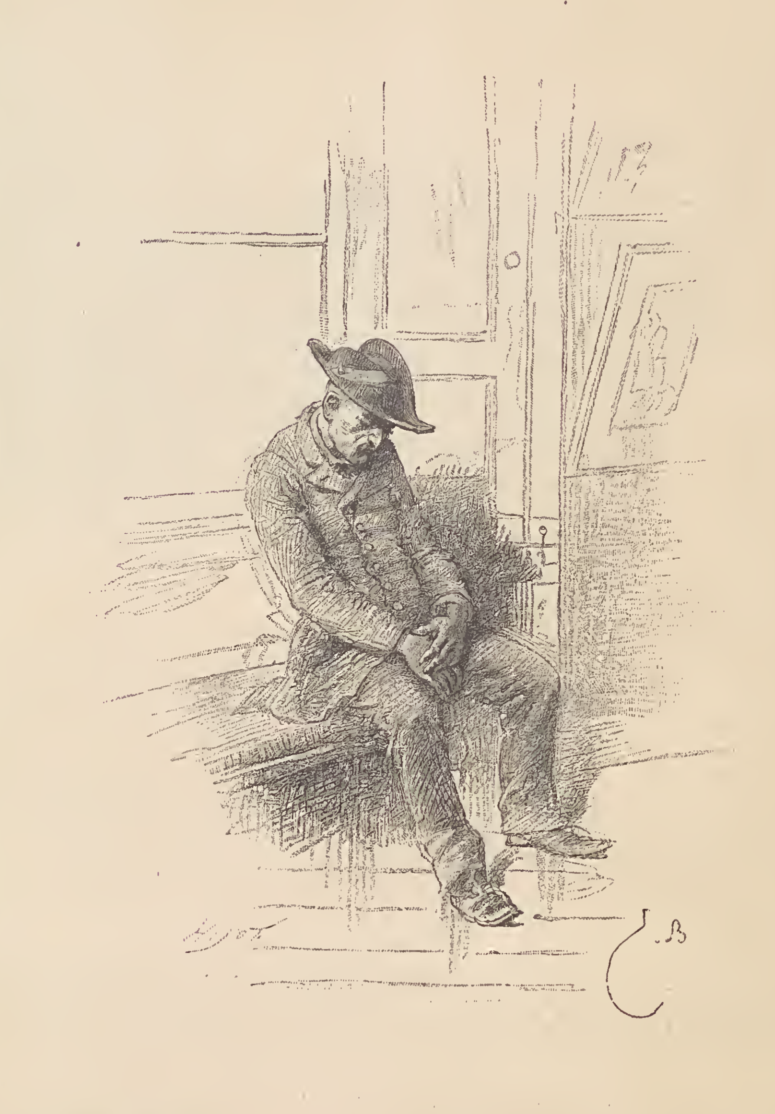
Al oir estas palabras, el poeta dió un grito espantoso, aterrador. Vaciló y hubiera caído á no estar próxima la mesa. Se sentó en el borde de ésta, apoyándose con ambas manos, y permaneció así helado por un escalofrío, con la boca llena de bilis. Delante de él, hundida en el sillón, avergonzada Luisa se tapaba la cara, y gruesas y desgarradoras lágrimas corrían lentamente entre los dedos de sus pobres y raídos guantes.

XIV.

Hacía más de tres meses que Mauricio y María habían vuelto á verse un día de verano en que el joven fué al Louvre á admirar á sus maestros preferidos, los pintores galantes del siglo XVIII; hubo de llamar en la sala de pasteles su atención, siempre alerta cuando de mujeres se trataba, la admirable cabellera de una joven artista, vestida de negro, que copiaba un retrato de La Rosalba. Eran los cabellos de la linda pastelista, los célebres cabellos de oro y de fuego que traían revuelta á la pollería pictórica del Museo, y que hacían volver coloristas á los mismos discípulos de Signol.

Mauricio se acercó á la copista, y ambos á dos exclamaron á un mismo tiempo:

– ¡Señorita María!



– ¡Señor Mauricio!

¿Era posible? ¿Tan pronto le reconocía, y no así como así, sino con una sonrisa encantadora? ¡Hola, hola! Luego aquella linda joven no le había olvidado. La verdad es que en las visitas que en otro tiempo había hecho á la familia Gerard, ya notó que su presencia no desagradaba á la muchacha; pero después de tanto tiempo obtener de sopetón aquel recibimiento expresado por aquel grito casi de alegría, era ciertamente cosa harto lisonjera para él.

De pie cerca del caballete, con el sombrero en la mano, esbelto y vestido con irreprochable elegancia, Mauricio se puso á hablar con la señorita Gerard. Primeramente le recordó en términos convenientes y discretos la dolorosa pérdida de su padre; luego le preguntó por su madre y hermana, le manifestó cuánto le había complacido que le hubiera conocido tan pronto; y por fin, cediendo á su carácter algo atrevido añadió:

– Respecto á mí, en el primer momento dudé al ver á usted... ¡En estos dos años se ha hecho usted tan hermosa!...

Y como María se pusiera colorada, continuó con acento gracioso, que disculpaba su atrevimiento:

– Ya me había dicho Amadeo que estaba usted deliciosa; pero ahora casi no me atrevo á pedirle noticias de ustedes; porque desde que viven en Montmartre, y aunque sé que las ve todos los domingos, nunca se ha brindado á llevarme á ofrecer á ustedes mis respetos. ¡Palabra de honor, señorita María!, me parece que está enamorado de usted y que es celoso como un turco.

La joven protestó confusa, pero sonriente; y al punto el deseo se despertó en el sensual joven.

¡Ah! ¡Si supiera las ilusiones que María se forja en lo más recóndito de su corazón, desde el punto y hora que le vió por primera vez hace unos años! ¡Si hubiera comprendido su antigua aspiración á ser distinguida, elegida, amada por el hermoso Mauricio, que había pasado como un meteoro por el reducido tugurio del papá Gerard, allá abajo, en la calle de Nuestra Señora de los Campos! Después de todo, ¿por qué no ser amada? ¿No poseía el supremo poder, la belleza? Su padre, su madre, su misma hermana la juiciosa Luisa, se lo habían repetido sin cesar. Sí, desde un principio, se sintió hechizada por aquel joven de bigote de oro y de modales de gran señor, y á su vez esperó agradarle. Luego, á pesar del luto y de la miseria (¡ay! quizá por causa de ésta!), había continuado embriagándose en aquella locura, en aquel narcótico contra la tristeza, soñando, como en las comedias de magia, con la vuelta del príncipe encantador. ¡Pobre María, tan buena, tan sencilla, pero á quien habían persuadido de que era hermosa! ¡Pobre niña mimada!

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

Desigualdad conyugal, cuadro de R. Poetzelberger.—También pudiera titularse este cuadro el suplicio de Tántalo. Ved, si no, á ese anciano decrépito, sediento de una pasión que corresponda á sus afanes, ávido de saborear las dulzuras de un amor juvenil cuyos ardores reaviven el extinguido fuego de su corazón caduco: tiene á su lado una mujer joven, hermosa, capaz de sentir los más ardientes afectos; es dueño de ella porque á ella le une santo é indisoluble lazo, y sin embargo, como en la narración mitológica, las frescas aguas que sus labios tocan se alejan apenas se entreabren éstos para apagar su sed abrasadora, y los tentadores frutos huyen de su alcance cuando tiende sus manos para cogerlos.

Digno ciertamente de lástima es este desgraciado, pero ¡cuánta mayor compasión inspira su infeliz compañera! Joven, bella, nacida para amar y ser amada, vió muertas sus más risueñas ilusiones al tener que unirse con quien no podía realizar sus amorosos ensueños, sin otra esperanza que la de que la muerte del hombre cuya existencia pesa sobre la suya como losa de plomo, le devuelva algún día la dulce libertad perdida. ¡Cuán bien se aviene con el estado de su alma el melancólico espectáculo del otoño arrancando una á una las hojas que fueron el más preciado adorno de su jardín! ¿Volverá para ella la primavera que no ha de tardar en cubrir de nieve los árboles con frondoso follaje?

Esta preciosa obra de Poetzelberger llega al alma de tal manera, que ante la intensidad del sentimiento que su contemplación despierta, desaparecen las innumerables bellezas de la ejecución que la avaloran, y sólo cuando se desvanece esa primera impresión surgen en todo su vigor la elegancia de la ejecución, los primores del dibujo, el bien entendido contraste entre las dos figuras, la expresión de los rostros y de las actitudes de éstas y el tinte poético y encantador en que aparece envuelto todo el cuadro.

Un episodio de la infancia de Garibaldi, escultura de C. Fontana, premiado en la última Exposició Artística de Roma.—Este grupo escultórico del célebre artista italiano está inspirado en una página del libro *Garibaldi y sus tiempos*, de la señora Mario, en la que, describiendo la infancia del ilustre caudillo, refiere que éste, á la edad de ocho años, salvó á una lavandera que estaba á punto de ahogarse.

En el trabajo de Fontana se ve una inteligente y sabia agrupación de las dos figuras que forman un conjunto armónico: la de Garibaldi en actitud de gritar pidiendo auxilio para terminar la obra de salvamento comenzada, está modelada con gran talento y reproduce en todo su vigor la energía, la intrepidez, la fuerza muscular de que estaba dotado el pequeño héroe.

Ensueño en el claustro, escultura de L. de Lucca, presentada en la última Exposición de Nápoles.—Lucca es un escultor joven que desde los comienzos de su carrera mostró aptitudes para el arte á que se había consagrado. De sus rápidos progresos es prueba la escultura en yeso que reproducimos, y en la cual se patentiza el laudable deseo de representar un hecho humano, verdadero, claro y perfectamente comprensible. Una joven monja, vencida por el sueño, se deja caer en un viejo sillón, y soltando el libro con cuya lectura piadosa se elevaba á las celestiales alturas, abandónase á los ensueños terrenales, recordando quizás algún hecho de su vida en el mundo, y sintiendo tal vez renacer inocentes deseos que la austeridad de las tocas y las soledades del claustro no han conseguido todavía extinguir por completo.

Mensajeros de la primavera, dibujo de María Laux.—Alguien ha dicho que los pájaros son los seres más bellos y graciosos de la creación: su figura esbelta y sus elegantes movimientos, ora anden á saltitos por el suelo buscando su sustento, ora hiendan los aires con rápido vuelo, ora se posen en la rama de un árbol para lanzar sus armoniosos trinos, justifican, en nuestro sentir, aquellos calificativos. De aquí que nos expliquemos la predilección que hacia ellos han mostrado siempre algunos pintores y dibujantes, entre los cuales ocupa indudablemente el primer puesto el sin par Giacomelli, quien ha logrado componer, con escenas de la vida de estos animales, cuadros no sólo bonitos, sino también impregnados de sentimiento.

Al género tan bien cultivado por el insigne pintor italiano pertenece el dibujo de María Laux, *Mensajeros de la primavera*, que representa á dos golondrinas en su nido, y no vacilamos en afirmar que esta composición es digna de figurar al lado de las más primorosas producciones de aquel artista.

Un trompetazo, cuadro de Barison.—Barison, de origen italiano, ha logrado conquistar envidiable fama en el mundo del arte como pintor de género. En sus obras campean una gracia y una naturalidad que hacen de ellas acabadas reproducciones de las costumbres y de los tipos que se ha propuesto tratar en sus cuadros.

En *Un trompetazo*, divertida escena de los tiempos de los lansquenetes, pueden ver nuestros lectores la confirmación de nuestro juicio: en él aparece retratado el modo de ser de aquellos mercenarios, que así hundían sus lanzas en el pecho de sus enemigos, como encendían una pasión en el corazón de sus enemigas, y así entraban á saco una bien provista despensa, como acaudillados por el condestable de Borbón asaltaban á Roma y obligaban á Clemente VII á refugiarse en el castillo de Sant'Angelo.

Joven romana, dibujo de Casimiro Tomba.—Cuando se trata de dibujar ó pintar un busto, sobre todo si el busto es de mujer, para que el trabajo produzca el debido efecto se requiere, más que en ningún otro género de pintura ó de dibujo, que la belleza del modelo y las excelencias de la ejecución sean tales, que al contemplar la imagen no se echen de menos los accesorios, que tanto halagan y que en tal alto grado contribuyen á dar mayor valor y realce á las obras de arte.

La *Joven romana*, dibujada por Tomba, reune estas condiciones: en ella se junta á la juventud y á la hermosura la delicadeza del modelado que se traduce en suaves contornos y en sombras perfectamente distribuídas y con habilidad graduadas.

Platos expuestos en la Exposición de objetos de cerámica de Roma (1889).—Comprendiendo los inconvenientes que, dados los colosales progresos realizados en todos los ramos de la actividad humana, ofrecen las Exposiciones universales, hanse organizado en Roma unas exposiciones parciales que se celebran cada dos años y en cada una de las cuales figuran solamente los objetos producidos por una industria artística.

La que se verificó en 1889 estuvo consagrada al arte de la Cerámica, y en ella expusiéronse los dos platos que reproducimos: uno, perteneciente al caballero Funghini, es una bellísima mayólica del siglo XV, procedente probablemente de Pesaro; el otro, propiedad del señor Torcuato Castellani, es un hermoso Caffaggiolo del siglo XV también, que reproduce una escena de caza y se distingue por lo vigoroso del dibujo.

Una profesión religiosa, cuadro de A. Fellmann.—Asuntos como el que reproduce la bellísima composición de este pintor alemán están erizados de dificultades que sólo á un talento privilegiado le es dado vencer.

Trasladar al lienzo una escena tan grande y trascendental como la que representa *Una profesión religiosa*, y trasladarla con tanta perfección en el conjunto y en los detalles como lo ha hecho Fellmann, constituye un título de gloria para un artista. La agrupación y la expresión de las figuras del cuadro en que nos ocupamos están bien entendidas, el lugar en donde la profesión se verifica tiene todo el carácter que se admira en las joyas de la arquitectura cristiana, los accesorios acusan un detenido estudio y el tono general del cuadro resulta solemne y grandioso, cual corrresponde á la ceremonia que en él se representa.

Ante el juez, cuadro de Otón Baditz.—Exposición de Obras de arte de todas las Naciones de Munich, 1890.—La escena pasa en Alemania, en lo que nosotros llamaremos un Juzgado municipal: una joven acusada comparece ante el juez que se apercibe á interrogarla mientras el secretario extiende las fórmulas de rúbrica que han de preceder á la declaración.

El cuadro, como se ve, pertenece á la escuela moderna, que tiende á interesar al espectador presentándole los más usuales episodios de la vida ordinaria, sin intentar mover las fibras del sentimiento con grandes hechos ó con rebuscadas composiciones: causa en el ánimo una impresión grata y aun conmueve, no tanto por lo que representa como por lo que expresa y por el modo como lo expresa. La actitud de la muchacha cuyos ojos fijos en el suelo y cuyo rostro avergonzado denotan en la culpable más bien ligereza que instintos criminales; la figura del juez que ha de administrar justicia en nombre del emperador, sin que le sea dado ceder á los impulsos de misericordia que la vista del Crucificado pueda despertar en su alma; el personaje

nismo que, vuelto de espaldas y sin curarse del fondo del proceso, sólo atiende á las formas, de que ha sido celoso y fiel guardador durante toda su larga carrera, constituyen un grupo delicadamente sentido y exento de toda afectación, que dice al espectador todo lo que el artista quiso que le dijera.

La severa sobriedad con que está dispuesta la escena contribuye no poco al efecto de esta pintura, que ha merecido grandes elogios de cuantos la han visto en la Exposición que actualmente se celebra en el Palacio de Cristal de Munich.

Buenos amigos, dibujo de Guillermo Schade. – El corazón de los niños necesita más que otro alguno expansión, comunicación de afectos, una persona, un animal, un objeto, alguien ó algo, en fin, en quien depositar el cariño ó la simpatía, á quien hacer partícipe de las alegrías ó con quien llorar las penas. La niña del bellísimo dibujo de Schade, que quizás no ha conocido el cariño de una familia, se ha visto obligada á buscar un compañero, un confidente entre los corderos del rebaño confiado á su custodia, y si hemos de juzgar por la alegría que su semblante revela y por el bienestar que reflejan sus hermosos ojos no le pesa de su elección, porque sin duda ha recibido del inocente animalito las caricias que no había podido lograr de los hombres. Algún día, seguramente, este afecto no satisfará por completo sus aspiraciones, pero mientras tanto se considera feliz con pensar que no está sola en el mundo y que tiene en su cordero favorito un buen amigo.



BUENOS AMIGOS, dibujo de Guillermo Schade

* *

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.